Te Amo, Te Odio
Te Quiero... Dejar
EN San Valentin

Una Comedia Romántica de Venganza



Te Amo, Te Odio, Te Quiero... Dejar En San Valentín

Por Mona Harris

CAPÍTULO 1 – Maldito Anuncio

La incisión era limpia, precisa, casi artística. Megan tenía el pulso firme y la mirada fija en su trabajo, ignorando todo lo que sucedía a su alrededor. En ese momento, nada importaba más que la simetría, la armonía, la perfección.

—Doctora, ¿puedo mover su móvil? Está vibrando sin parar —susurró su asistente, con el tono temeroso de quien sabe que interrumpir a un cirujano en plena operación es casi tan peligroso como meter la mano en la boca de un león hambriento.

—Déjalo donde está.

La vibración continuó. Un zumbido insistente, como un mosquito del infierno. Megan hizo un esfuerzo consciente por ignorarlo. Concentración. Precisión. Nada de distracciones. Pero entonces, cuando el último punto de sutura quedó en su sitio, desvió la mirada apenas un segundo y vio la notificación en la pantalla bloqueada.

"Maximiliano y Penélope han anunciado su compromiso en París."

Megan sintió que el aire en la sala se volvía más espeso.

No puede ser.

No, no, no.

Se apresuró a terminar la cirugía, dio las últimas instrucciones al equipo, se quitó los guantes con un movimiento brusco y salió de allí como si la persiguiera un ejército de demonios con trompetas de juicio final. Llegó hasta la sala de descanso y desbloqueó el teléfono con manos tensas. Y ahí estaba.

Maximiliano, con su mejor sonrisa de ejecutivo triunfador, en la ciudad más romántica del mundo, sosteniendo la mano de Penélope como si hubiera encontrado la fórmula de la felicidad absoluta. Y ella, la maldita Penélope, con su pelo rubio perfectamente ondulado, sus uñas impecables y un anillo de compromiso que probablemente valía más que un quirófano entero.

Megan sintió un calor insoportable en el pecho. No de amor. De furia.

DOS AÑOS.

Dos años de relación con Maximiliano. Dos años de “somos el equipo perfecto”, de “pronto nos casaremos”, de “juntos podemos conquistar el mundo”. Y en cuestión de semanas, él había tirado todo eso a la basura porque encontró una multimillonaria en una cena benéfica llena de imbéciles con esmoquin.

Volvió a mirar la foto. Y el pie de foto.

"París, la ciudad del amor. Dije sí. 💍❤ "

Megan tiró el móvil sobre el sofá con una fuerza innecesaria.

¡¿QUÉ?!

Si alguien le hubiera dicho hace dos meses que Maximiliano la dejaría por otra y que, para

colmo, la otra sería una heredera petrolera con nombre de aristócrata decadente, se habría reído en su cara. Pero ahí estaba la prueba, en alta resolución, con filtro romántico y todo.

Respiró hondo y cerró los ojos. Recordó cómo había terminado todo.

Era un día cualquiera. Nada había señalado que su vida estaba a punto de irse al traste. Maximiliano llegó a casa con esa actitud de CEO que acababa de cerrar una negociación millonaria. Se sentó en la barra de la cocina y la miró con una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—Tenemos que hablar.

Megan, en bata y con el pelo recogido de cualquier manera, levantó la vista desde su tazón de yogur con granola.

—Dios. Esa frase nunca trae buenas noticias.

Maximiliano no rio. Un mal presagio.

—No sé cómo decir esto sin que suene mal, pero…

—Si lo dices así, es que ya suena mal.

Maximiliano suspiró como si estuviera a punto de recitar una tesis sobre el universo y no a punto de arruinarle la vida.

—Megan, eres una mujer increíble. Trabajadora. Inteligente. Pero…

Ella dejó la cuchara dentro del tazón y cruzó los brazos.

—Dios, ¿vas a romper conmigo con un “pero”? Qué original.

—Déjame terminar. He conocido a alguien.

Silencio.

No el silencio tenso de una discusión. No el silencio incómodo de un malentendido. Era un vacío absoluto.

Megan pestañeó varias veces, tratando de asimilar esas palabras, como si fueran parte de un idioma desconocido.

— ¿Perdón?

—La conocí hace poco, en un evento benéfico. Se llama Penélope.

Megan soltó una risa incrédula. Precisamente hoy, el día de los enamorados, se acababa de convertir en San Valentín Sangriento.

—Penélope. Claro. ¿No será Penélope Glamour, no? Suena a alguien con mucho dinero.

Maximiliano no lo negó.

—Su familia es… bueno, es un gran apellido.

— ¿Un gran apellido? ¡¿Qué eres, un duque del siglo XVIII?!

Maximiliano se pasó una mano por el pelo con aire de culpa bien administrada.

—Megan, escucha. Esto no es solo sobre el dinero. Es sobre compatibilidad. Penélope y yo… queremos lo mismo.

—Claro. Petróleo y poder.

—No es tan simple.

—Ah, ¿no? Entonces dime, Maximiliano, ¿qué tiene ella que no tenga yo? Me parece alucinante que seas capaz de hacerme algo así. Hasta hace nada yo era la mujer de tu vida, teníamos planes de futuro. ¿Cómo has podido cambiar todo eso? ¿Cuándo la conociste? Si no recuerdo mal, hace dos semanas que fuiste a un evento, ¿ahí es donde la conociste? ¡¡ Dios, dos semanas!! Y ya es la nueva mujer de tu vida. ¡¡ Joder!!

La pausa lo delató.

—Ya veo. Supongo que lo que nos diferencia es una cuenta bancaria con más ceros.

—No es eso. Es solo que… siento que con ella todo tiene más sentido.

Y ahí se rompió algo.

Porque Megan había trabajado como una condenada para llegar a donde estaba. Porque había pasado años construyendo su vida y su carrera sin que nadie le regalara nada. Y ahora Maximiliano venía a decirle que ella no era suficiente.

Se levantó de la silla y lo miró con la tranquilidad glacial de un bisturí en el momento previo al corte.

—Perfecto. Te deseo todo el sentido del mundo con tu heredera petrolera.

Se marchó sin dar lugar a más explicaciones.

Y ahora, semanas después, Maximiliano estaba en París con Penélope, probándose el traje de futuro esposo multimillonario.

Megan volvió al presente. Miró de nuevo la foto. Sintió un escalofrío que no era tristeza, sino rabia pura y cristalina.

Podía hacer dos cosas.

1-Llorar en posición fetal y comerse medio kilo de helado.
2-Devolverle el golpe.

El helado estaba tentador. Pero la venganza sonaba espectacular.

Agarró el móvil y abrió Google. Tecleó con precisión quirúrgica:

"Acompañante de lujo en París. Discreción. Profesionalismo. Superguapo."

Aparecieron ante sus ojos un desfile de hombres musculados, perfectos y sonrientes. Parecían de cera, algo artificiales y afeminados. Demasiado brillantes, seguramente maquillados como puertas. Pero ella quería otra cosa, buscaba un hombre de verdad, con aspecto de hombre, masculino, ya me entendéis. Y después de dar dos vueltas al catálogo, lo vio. Allí estaba el tipo de hombre que buscaba:

"Matteo Moreau. Carismático, encantador, absolutamente convincente."

Megan sonrió.

Bien, este puede servir.

La guerra había comenzado.

CAPÍTULO 2 – Ni tan perfecto

Megan nunca había sido el tipo de mujer que se obsesionaba con las fechas. No recordaba aniversarios, ni podía decir exactamente cuántos días había durado cada relación que había tenido. Pero si alguien le preguntara cuánto tiempo estuvo con Maximiliano, lo diría sin pestañear.

Dos años, tres meses y ocho días. Y me dejó el día de San Valentín.

No es que lo recordaba porque fuera el amor de su vida.

Sino porque había necesitado exactamente dos años, tres meses y ocho días para darse cuenta de que Maximiliano nunca había sido el hombre perfecto que ella creía. Más bien, el capullo que nunca sospechó.

La primera vez que lo vio, lo confundió con un modelo de revista. Demasiado pulcro, demasiado impecable, demasiado… calculado. Su traje estaba planchado con una precisión quirúrgica, su sonrisa tenía la inclinación exacta de un hombre que sabía que siempre conseguía lo que quería y su tono de voz era pausado, bajo, contenido.

Era un arquitecto exitoso, un hombre de mundo. Un estratega. Un seductor despreciable, ahora lo sabía. Pero en aquel momento le pareció arrebatador, y se sintió dichosa de que aquel ser del Olimpo pusiera sus ojos en ella.

Y Megan, entregada ya al deseo, y por alguna otra razón que aún no lograba descifrar, cayó en el hechizo.

—Siempre creí que eras el tipo de mujer que apostaba por la estabilidad —le había dicho Maximiliano una vez, mientras ella se reía de algo que él claramente no encontraba divertido.

Megan se había encogido de hombros.

— ¿Y qué tipo de mujer crees que soy?

Él le había sostenido la mirada con la paciencia de un hombre que creía conocer todas las respuestas.

—Alguien que no se permitiría arriesgar demasiado.

Megan no le dio demasiada importancia a esa frase en su momento.

Hasta que se dio cuenta de que Maximiliano no la quería por quién era, sino por quién podía ser a su lado.

Al principio, su relación había sido sencilla. Cómoda.

Maximiliano tenía una carrera brillante, una vida estructurada y un plan a futuro tan bien diseñado que parecía un maldito proyecto arquitectónico.

Megan era cirujana plástica, con una agenda que nunca estaba realmente vacía, con una ambición que no necesitaba de nadie más para llegar a donde quería.

Y ese fue un problema.

Maximiliano se mostraba “orgulloso” de su trabajo, pero cada vez que ella mencionaba un caso interesante o una cirugía complicada, él desviaba la conversación hacia algo más “trascendental.”

—Es increíble lo que haces, Megan —le dijo una vez, con un tono cuidadosamente neutro—. Pero ¿no te gustaría hacer algo más significativo? Algo que deje huella.

Megan se quedó en silencio por un segundo.

— ¿Cómo qué?

Él sonrió, pero su expresión no fue exactamente la de alguien que respetaba su profesión.

—No sé… algo más grande. Restaurar rostros quemados, reconstrucciones médicas en zonas de guerra. En vez de… —hizo un gesto vago con la mano—…todas esas celebridades operándose la nariz.

Megan sintió una punzada de incomodidad.

—Lo que hago cambia la vida de las personas.

Maximiliano asintió, pero su mirada decía “si tú lo dices.”

Y ese era su verdadero problema.

Maximiliano no la veía como una mujer con una carrera sólida, sino como alguien con potencial para ser algo “mejor”.

Algo más conveniente para él. Alguien a quien llevar a fiestas y eventos y payasear un poco.

Después vinieron los pequeños cambios.

Las sugerencias que no parecían sugerencias, más bien imposiciones.

—Me encanta ese vestido, pero el rojo siempre es más elegante.

—Quizá si te recogieras el cabello se vería más sofisticado.

— ¿Te parece bien si en la gala no mencionamos que trabajas con famosos? No quiero que la gente piense que estás en el mundo de la farándula.

Megan nunca fue una mujer que cambiara por nadie.

Pero de alguna manera, Maximiliano había logrado hacerle creer que él solo quería lo mejor para ella.

Así que fue ignorando las pequeñas alarmas.

Hasta que él le dijo que tenía que irse a una cena de trabajo importante y, cuando Megan dijo que tenía una cirugía programada, él simplemente frunció los labios.

—Pero es una oportunidad increíble para hacer conexiones, cariño.

—Y mi paciente tendrá una vida increíblemente complicada si no la opero.

Maximiliano suspiró y bebió un sorbo de su vino.

—Eres demasiado terca, Megan. Nunca llegarás a nada si te cierras a conocer gente importante.

Ese fue el primer día que sintió que algo no estaba bien. Y luego vinieron otros, otras situaciones

incómodas en las que él se alzaba como alguien que tenía que salvarla a ella de su propia mediocridad.

Bastaron unos pocos eventos para que Maxim pusiera los ojos en otra más adecuada para él, para él y su ambición y esa cosa tonta que poseen los vanidosos.

Y fue entonces cuando, conoció a Penélope.

Fue en una cena benéfica, un meet point de gente hueca, un tipo de gente que solo asistía para exhibir sus donaciones como si fueran puros trofeos.

Una conversación en la que Penélope—hija del famoso magnate del petróleo—pareció ser la respuesta a todas sus ambiciones.

Y, de pronto, Megan dejó de ser suficiente.

Maximiliano la cambió por alguien con un apellido más lucrativo. Más acorde a sus necesidades sociales y económicas.

Ni siquiera tuvo la decencia de esperar a que el cadáver de su relación se enfriara antes de anunciar su compromiso.

Todo sucedió como con la velocidad que cae un rayo fulminante en una tormenta de verano. Visto y no visto.

Megan se miró al espejo. Se preguntó quién era, qué quería de la vida. Por qué no había sabido mantener aquella relación. ¿Qué había hecho mal? ¿Acaso necesitaba algunos arreglos quirúrgicos?

Su relación con Maximiliano había sido una ilusión perfectamente diseñada. Un espejismo.

Y ella había sido lo suficientemente ingenua como para creer que la amaba. Se había tragado la historia al completo. Pero ahora ya no le resultaba interesante, ya no le parecía la mejor mujer del mundo, o al menos de su vida.

Megan lloró. Abrazó un cojín con la intención de estrangularlo. Podía sentir como la rabia corría por sus venas hasta quemarle el corazón.

Hasta ahora.

Hasta este momento en el que algo dentro de ella hizo Crack. Era hora de cambiar, de actuar.

Y decidió que no iba a quedarse en casa llorando por un hombre que nunca fue real.

No.

Iba a demostrarle que ella también podía y sabía jugar.

Y tenía el plan perfecto para hacerlo.

Su ex se iba a arrepentir. No era justo lo que le estaba haciendo sentir. Cuando a una mujer la abandonan por otra… florece una loba desafiando a su destino.

CAPÍTULO 3 – Un idiota con Estrategia

El problema con los recuerdos es que tienen la pésima costumbre de volver cuando menos los necesitas.

Megan había pasado meses intentando convencerse de que Maximiliano era solo un idiota más, una pieza más en el interminable museo de hombres que confunden ambición con arrogancia.

Pero lo cierto era que él nunca había sido solo un idiota.

Pero sí un idiota con una estrategia.

Una que ella no había visto venir hasta que fue demasiado tarde.

—Es solo una cena, Megan.

Ella levantó la vista de su agenda, con la paciencia de una mujer que sabía exactamente hacia dónde iba esta conversación.

—Es una cirugía.

Maximiliano apoyó su copa de vino sobre la mesa con un movimiento tan calculado que parecía coreografiado.

—Lo sé, pero… ¿justo ese día?

Megan dejó escapar un suspiro y cruzó los brazos.

—Maximiliano, mis cirugías no se programan en función de tu calendario social.

Él esbozó una sonrisa breve. La de siempre.

La que usaba cuando intentaba parecer comprensivo pero, en realidad, ya había decidido que tenía razón.

—Solo digo que podrías hacer una excepción.

— ¿Para una cena benéfica?

—Para una cena importante.

Megan arqueó una ceja.

— ¿Importante para quién?

Maximiliano inclinó la cabeza con la tranquilidad de quien no está acostumbrado a que le cuestionen.

—Para nuestra imagen.

Megan parpadeó, pasmosa y ojiplatica.

¿Nuestra qué?

—No sabía que éramos una empresa —respondió con una sonrisa gélida.

Maximiliano soltó una risa breve.

—Cariño, no exageres. Es solo que este tipo de eventos son estratégicos. Networking. Contactos. Oportunidades.

Megan apoyó un codo sobre la mesa, sin apartar la mirada.

— ¿Oportunidades para ti?

Él bebió un sorbo de vino antes de responder. Siempre tenía la costumbre de tomarse su tiempo.

—Para los dos. No puedes negar que estar en ciertos círculos te da visibilidad.

—Soy cirujana plástica, Maximiliano. Mi visibilidad la definen mis pacientes, no el número de cócteles a los que asisto.

Maximiliano sonrió, pero esta vez había una sombra de fastidio en su mirada.

—Siempre creí que entendías cómo funciona el mundo.

Megan se enderezó en la silla.

—Lo entiendo perfectamente. Lo que no entiendo es por qué siempre tengo que acomodarme a tu agenda.

Él apoyó la espalda contra el respaldo, con la expresión de un hombre que no está acostumbrado a negociar.

—No se trata de eso. Se trata de nosotros.

—Ah, claro —dijo Megan, entrelazando los dedos—. Lo que de verdad te molesta no es que falte a la cena. Es que falte a la cena y todos se pregunten por qué.

Maximiliano no dijo nada, ee era el verdadero problema. Se trataba de imagen. De control.

De asegurarse de que Megan estuviera siempre en su órbita. Pero aquella vez, Megan no cedió.

A la mañana siguiente, se puso su bata de quirófano y salvó una vida.

Y en la cena benéfica, Maximiliano conoció a Penélope.

El resto es historia.

O, mejor dicho… un error que Megan no iba a repetir.

CAPÍTULO 4 – No Controles

Megan hacía recuento de momentos de su relación, buscando el punto exacto en que todo empezó a romperse. Se volvió monotemática. Solo quería pensar en ello. Si alguien le hubiera preguntado a Megan cómo era estar con Maximiliano, habría dicho lo que todo el mundo esperaba.

Que era una relación estable. Equilibrada. Funcional.

Y eso era exactamente lo que él quería que pensaran.

Maximiliano no era de los que levantaban la voz. No era de los que hacían escenas. No era de los que imponían reglas.

Él solo "sugería".

Con esa sonrisa educada, con esa voz baja y medida, con esa forma de hacerte creer que todo lo que decía era por tu bien.

Y lo peor de todo es que, por un tiempo, Megan se lo creyó.

—Cariño, ven aquí un momento.

Megan salió del vestidor con el vestido ya puesto, ajustándolo en la cintura mientras caminaba hacia él.

— ¿Qué pasa?

Maximiliano la miró con atención, con esa expresión suya de hombre que analizaba más de lo que decía.

—Es precioso —dijo, pero su tono no era exactamente de admiración.

Megan cruzó los brazos.

— ¿Pero…?

Él sonrió.

—No es un "pero". Solo que... el negro es un color clásico, pero el rojo siempre llama más la atención.

— ¿Quieres que llame la atención o que pase desapercibida?

Maximiliano rio, como si la pregunta le divirtiera.

—Solo quiero que te veas increíble.

—Entonces me quedo con el negro.

Él inclinó la cabeza, pero no insistió.

No lo necesitaba. Sembrar la duda ya era suficiente.

La primera vez que Megan notó que Maximiliano ajustaba su imagen a su conveniencia fue en una cena de trabajo.

—Recuerda no mencionar a tus pacientes famosos —le dijo en el auto, sin mirarla—. No queremos que piensen que trabajas en la farándula.

—Trabajo con todo tipo de pacientes.

—Lo sé —respondió él, con paciencia—. Pero es mejor que destaques los casos médicos más complejos. Ya sabes, algo que impresione.

Megan no respondió.

Porque eso era Maximiliano.

Siempre asegurándose de que todo encajara en su visión del mundo.

De que Megan encajara.

Y lo peor de todo es que, por un tiempo, ella intentó hacerlo.

Pero nunca fue suficiente.

Porque cuando apareció Penélope, con su apellido perfecto y su fortuna inagotable, Maximiliano ni siquiera tuvo que fingir que Megan era la mujer de su vida.

Simplemente se deshizo de ella como si fuera un accesorio que ya no combinaba con su traje.

Lo que más le dolía no fue que la dejara, fue darse cuenta de que nunca había estado realmente con ella, ni por ella.

Y eso era algo que él iba a aprender de la peor manera. Megan se iba a encargar personalmente de que ese malnacido aprendiera la lección. No se le hace esto a una mujer. Y lo haría atacando a su condición más cromañonica, esa que todo hombre lleva dentro.

Sucedería en París. Con un chico de compañía elegido por catálogo. Las venganzas son así, hay que preparar cada detalle aunque sea por encargo.

CAPÍTULO 5 – Un Contrato, es un contrato

Megan había contratado a Matteo para fingir ser su pareja, para que Maximiliano se ahogara en su propio ego cuando la viera con un hombre mucho más atractivo, más carismático y con un acento infinitamente más sensual.

Pero, en cuestión de minutos, Matteo había tomado el mando. Tras contarle ella su plan, rápidamente se hizo con el guion.

—Vamos, Megan, si quieres que esto funcione, necesitamos química.

— ¿Química?

—Complicidad. Contacto visual. Toques casuales. La forma en la que me miras cuando crees que nadie nos ve.

— ¿Y por qué tendría que mirarte de esa manera?

Matteo la observó con una sonrisa lenta y estudiada, una que sugería que él sabía exactamente por qué una mujer lo miraría así.

—Porque soy tu novio. Y estás enamorada de mí.

Megan exhaló con fuerza. Aquel tipo era directo, demasiado directo. En apenas unas horas ya le hablaba como si la conociera desde siempre. Pero es que ella además le pagaba. ¿No requería aquello una especie de respeto más señalable?

— ¿Me estás diciendo que tengo que enamorarme de ti para que esto funcione?

—No, chérie. Te estoy diciendo que tienes que hacerles creer que ya lo estás.

Megan iba a responder algo mordaz, algo que le devolviera el control de la conversación, pero Matteo se giró y levantó una mano.

—Camarero.

A los pocos segundos, un hombre con un delantal negro se acercó.

—Oui, monsieur?

Matteo sonrió con amabilidad.

—Un café para mí… y para mi novia, un chocolat chaud.

Megan parpadeó.

— ¿Cómo sabes que quiero un chocolate caliente?

—Porque tienes las manos frías y París en invierno exige algo dulce y caliente.

Megan sintió un extraño cosquilleo en la boca del estómago.

—O quizá simplemente me apetecía un café.

Matteo ladeó la cabeza, divertido.

—Quizá. Pero no lo pediste.

El camarero se retiró y Megan entrecerró los ojos.

— ¿Me estás analizando?

—No necesitas análisis, chérie. Eres transparente.

—Eso no es cierto.

—Oh, sí que lo es.

Matteo se inclinó sobre la mesa, bajando la voz a un tono casi conspirativo.

—Por ejemplo, sé que has pasado los últimos minutos decidiendo si me odias o te caigo bien.

Megan arqueó una ceja.

— ¿Y cuál es tu veredicto?

—Creo que no has decidido todavía. Pero te intriga lo suficiente como para averiguarlo.

Maldito francés.

El camarero regresó con las bebidas. Megan envolvió sus manos en la taza caliente, intentando ordenar sus pensamientos.

—Bien, si vamos a hacer esto, necesito reglas.

Matteo la miró con interés.

— ¿Reglas?

—Sí. Reglas básicas. Necesito saber en qué terreno nos movemos.

—Muy bien. Dime tus reglas.

Megan inspiró hondo y enumeró:

—Uno: Nada de besos innecesarios.

Matteo se llevó la mano al corazón en un gesto dramático.

—Megan, ¿acaso crees que yo beso por diversión?

—Creo que besas como quien respira, así que mejor dejarlo claro.

Matteo se rió entre dientes y le hizo un gesto para que continuara.

—Dos: Nada de contacto excesivo en público.

— ¿Y cómo definimos “excesivo”?

—Lo suficiente para que Maximiliano se trague su orgullo, pero sin exagerar.

—Ajá. ¿Así?

Matteo estiró una mano y le rozó la muñeca con los dedos. Megan sintió un pequeño calambre en la piel.

—Eso es… aceptable.

— ¿Y así?

Deslizó los dedos por su antebrazo, lento, distraído, como si fuera algo completamente casual. Megan sintió que el aire se volvía más denso.

—Eso es… debatible.

—Entendido. "Debatible" es el límite.

Megan recuperó la compostura.

—Tres: Nada de insinuaciones innecesarias.

Matteo apoyó el codo en la mesa y la miró con diversión absoluta.

—Megan, creo que no entiendes mi profesión. La insinuación es el idioma que hablo con fluidez.

—Pues encuentra otro dialecto.

Matteo sonrió, y Megan supo que acababa de darle un desafío.

—Muy bien. Tres reglas claras. Ahora, mis condiciones.

Megan se enderezó en la silla.

—Adelante.

Matteo apoyó la barbilla en su mano.

—Regla uno: Tienes que mirarme como si me adoraras.

Megan frunció el ceño.

— ¿Qué?

—Sí, sí. Nada de miradas evasivas. Si Maximiliano nos ve juntos, quiero que crea que soy el hombre que ilumina tus días y calienta tus noches.

Megan se removió incómoda.

—Lo intentaré.

—Regla dos: Cuando estemos en público, necesito que te relajes. No puedes parecer una mujer que ha contratado a un hombre. Tienes que actuar como si esto fuera real.

—Eso puedo hacerlo.

Matteo la miró con picardía.

—Regla tres: Si alguna vez siento que estás fallando en nuestro papel, tomaré el control.

Megan parpadeó.

— ¿Cómo que tomarás el control?

—Si veo que estás siendo poco convincente, actuaré en consecuencia.

—No sé si me gusta cómo suena eso.

—Confía en mí.

Megan tamborileó los dedos en la mesa.

—No sé si confío en un hombre que llega tarde a los encuentros.

—Siempre llego tarde a la primera cita. Pero cuando estoy dentro de un personaje, créeme, soy perfecto.

Megan tenía la ligera sensación de que se había metido en un juego peligroso. Un juego que ella misma había empezado.

Y por primera vez en mucho tiempo, se moría de ganas de ver cómo terminaba.

CAPÍTULO 6 – Estableciendo Reglas

Megan creía tener el control. Había establecido reglas. Había dejado claro que esto era un acuerdo profesional, una venganza estratégica, un simple teatro bien ejecutado.

Y sin embargo, menos de una hora después de haber firmado ese pacto con Matteo, estaba sentada en un café parisino, viendo cómo su supuesto novio falso se inclinaba hacia ella con una intensidad que no tenía derecho a poseer.

—Empezamos ahora.

— ¿Ahora? —repitió Megan, aferrándose a su taza de chocolate caliente como si fuera un salvavidas.

Matteo sonrió, esa media sonrisa que parecía estar diseñada genéticamente para hacer que las mujeres bajaran la guardia.

— ¿Por qué esperar?

—Porque… —Megan miró a su alrededor. Había turistas, parisinos indiferentes y una camarera de aspecto hastiado. Nadie estaba prestándoles atención—. Porque nadie nos está mirando.

—Esa no es la cuestión, chérie. La cuestión es que necesitas acostumbrarte a que la gente siempre nos esté mirando.

— ¿Siempre?

—Tu ex podría aparecer en cualquier momento.

—Maximiliano no va a materializarse de la nada en este café.

Matteo la miró con una expresión que sugería que estaba a punto de demostrarle lo contrario.

Antes de que Megan pudiera reaccionar, Matteo deslizó su mano sobre la suya y entrelazó sus dedos con una suavidad completamente injustificada.

Megan se congeló.

— ¿Qué estás haciendo?

—Cálmate. Es solo un gesto casual.

—Es contacto físico.

—Sí, Megan. Eso sucede en una relación.

Ella tragó saliva. Sabía que este momento llegaría, pero no estaba preparada para la facilidad con la que Matteo lo hacía parecer real.

—Esto es absurdo —murmuró, tratando de retirar la mano.

Matteo la sujetó con más firmeza.

—No. Es parte del entrenamiento.

—Matteo…

—Dime.

—Podría estrangularte en este mismo momento.

— ¿Así es como demuestras afecto?

Megan apretó los labios. No podía perder esta batalla.

Con toda la calma del mundo, giró la mano y acarició la palma de Matteo con el pulgar, una caricia lenta y perezosa, casi distraída. Matteo no se inmutó… pero algo en sus ojos cambió.

—Vaya, parece que aprendes rápido —murmuró.

—Solo sigo instrucciones.

— ¿Ah, sí?

—Sí. Lo ves, Matteo, esto también es un juego para mí.

Matteo inclinó la cabeza, evaluándola.

— ¿Sabes cuál es la diferencia entre nosotros, Megan?

—Ilumíname.

Matteo bajó la voz hasta que su acento francés se deslizó por su piel como un secreto.

—Yo no necesito jugar.

Megan sintió un calor inesperado subirle por el cuello. ¿Cómo demonios lograba hacer eso con solo unas palabras?

Inspiró hondo y se obligó a apartar la mano.

—Muy bien. Prueba superada.

—No.

Megan lo miró con incredulidad.

— ¿Qué?

—Aún no hemos llegado a la parte divertida.

Antes de que pudiera protestar, Matteo levantó la mano y llamó a la camarera.

—Excusez-moi, mademoiselle.

La camarera se acercó, con aire de estar harta de la vida y de los turistas en general.

—Qu'est-ce que je peux faire pour vous?

Matteo sonrió.

—Mi novia y yo estamos celebrando nuestro aniversario. Nos gustaría algo especial.

Megan casi escupe el chocolate caliente.

— ¿Perdón?

Matteo la ignoró y le dedicó a la camarera una expresión completamente encantadora.

—Un postre, tal vez. Algo romántico.

La camarera suspiró, miró a Megan con una expresión de "pobre mujer, está saliendo con un pesado", y luego asintió.

—Un momento.

Cuando se alejó, Megan fulminó a Matteo con la mirada.

— ¿Qué demonios fue eso?

Matteo apoyó los codos sobre la mesa y le sostuvo la mirada con una paciencia casi condescendiente.

— ¿Qué harás cuando Maximiliano te pregunte cuánto tiempo llevamos juntos?

—Diré lo que sea necesario.

—Y lo dirás con una cara de sospecha absoluta.

—No es verdad.

—Sí, lo es. Necesitas práctica.

— ¿Y qué ganamos con este numerito?

—Sencillo. Ahora mismo, en este café, eres una mujer enamorada celebrando un aniversario con su novio increíblemente guapo.

—Autoproclamado guapo.

—Demuéstrame que puedes hacerlo.

Megan sintió la provocación en su tono. Era un desafío.

Y Megan Harper nunca huía de un desafío.

Se inclinó sobre la mesa, lo miró a los ojos y sonrió.

—Bueno, amor —dijo, arrastrando la palabra con dulzura venenosa—. ¿Recuerdas nuestro primer beso?

La expresión de Matteo no cambió.

—Oh, claro. Bajo la Torre Eiffel.

—Por favor. No eres tan cliché. Fue en ese pequeño puente sobre el Sena, cuando intentaste impresionarme con tu acento francés y pronunciaste algo tan mal que casi muero de la risa.

Matteo se inclinó hacia ella, sin apartar la mirada.

—Sí. Y para callarte, te besé.

—Con lengua.

—Mucha lengua.

La tensión en la mesa subió a niveles peligrosos. Ninguno de los dos apartó la mirada.

La camarera regresó con un pequeño plato con fresas bañadas en chocolate y dos copas de vino

espumoso.

—Felices cinco años de aniversario —dijo con una mueca.

Megan sonrió dulcemente y tomó una fresa.

—Gracias. Cinco años han pasado volando.

Matteo alzó la copa en un brindis.

—A otros cinco más, chérie.

Se miraron, ambos sabiendo que esta guerra “inocente” acababa de empezar.

CAPÍTULO 7 – Un Juego Peligroso

Megan se prometió a sí misma que no caería en el juego de Matteo. Que no se dejaría llevar por su voz suave, su descaro calculado o esa manera irritante en la que parecía leer su mente antes de que ella misma supiera lo que estaba pensando.

Pero ahí estaba. En la habitación de su hotel en París, con Matteo recostado en el sofá, observándola como un gato satisfecho tras derribar un jarrón solo para ver cómo caía.

— ¿Lista para la segunda lección? —preguntó él, con esa sonrisa de "sé exactamente lo que estoy haciendo".

—Dios, esto es peor que una academia de actuación.

—Chérie, si vamos a engañar a tu ex, necesitamos una historia sólida. Nos queda poco tiempo antes de que lo veas en la cena de compromiso, y todavía actúas como si fueras una periodista investigando un caso de fraude.

—Quizás porque esto es un fraude.

—Y los mejores fraudes son los que se creen de verdad.

Megan exhaló con fuerza y tomó asiento en el otro extremo del sofá. Lejos. A una distancia prudente.

—De acuerdo. Sigamos con la mentira.

Matteo aplaudió suavemente.

—Bien. Empecemos con lo básico. ¿Cómo nos conocimos?

—En París.

—Demasiado vago. ¿Cómo?

—En un café.

—No, no. Eso es aburrido. Si quieres que Maximiliano se trague esta historia, debe ser algo que le haga pensar: "¿Cómo demonios esta mujer consiguió a este hombre?"

— ¿Y qué sugieres?

Matteo se frotó la barbilla, pensativo.

—Un encuentro dramático. Algo que no se pueda olvidar.

Megan lo miró con sospecha.

—Déjame adivinar. Algo que te haga parecer irresistible.

Matteo sonrió.

—Obviamente.

Se acomodó en el sofá y continuó:

—Nos conocimos en la ópera. Tú estabas sentada en la butaca equivocada. Yo llegué y te

encontré allí, hermosa, distraída, con un vestido rojo de vértigo…

—Yo jamás iría a la ópera con un vestido rojo de vértigo.

—Claro que sí. Es una historia falsa. No necesitamos realismo.

Megan apoyó la cabeza en el respaldo.

— ¿Por qué no algo más simple? Como… no sé, nos encontramos en un museo. Nos detuvimos a admirar la misma pintura.

—Demasiado cliché.

— ¿Más cliché que la ópera?

—Mucho más.

— ¿Por qué no dejamos que yo elija?

Matteo entrecerró los ojos, analizándola con una expresión que no le gustó nada.

—Muy bien, doctora. Dime tú cómo nos conocimos.

Megan alzó la barbilla, decidida.

—Nos conocimos en un vuelo. Yo estaba sentada en mi asiento, tranquila, cuando tú llegaste tarde y te tropezaste conmigo, derramando café en mi blusa.

—Ah, sí. Ya veo por dónde vas. Yo era el desastre, tú la víctima de mi torpeza.

—Exacto.

—Y, por supuesto, me disculpé de la manera más encantadora posible.

—No. Me caíste fatal. Fui al baño maldiciéndote en voz baja. Pero cuando volví, descubrí que habías comprado una blusa nueva en la tienda del aeropuerto y me la dejaste en el asiento con una nota: "Perdóname, no suelo ser tan desastroso… a menos que una mujer hermosa me distraiga."

—Tengo que admitir que… me gusta.

—Lo sabía.

—Pero tiene un problema.

— ¿Cuál?

Matteo se inclinó lentamente hacia ella.

—No incluye nuestro primer beso.

Megan se quedó helada.

— ¿Perdón?

Matteo entrelazó los dedos y apoyó el codo en el respaldo del sofá.

—Si Maximiliano pregunta cuándo nos besamos por primera vez, ¿qué responderás?

—Supongo que… después de la cena en el avión.

—Demasiado formal. No hay chispa.

—Después de aterrizar, en la puerta de embarque.

—No está mal, pero le falta dramatismo.

— ¿Entonces qué propones tú, oh maestro del engaño?

Matteo sonrió, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Nos besamos en pleno vuelo.

— ¿Qué?

—Sí. Nos gustamos tanto que, en un momento de debilidad, nos miramos y boom.

Megan sintió que el calor subía por su cuello.

— ¿Boom?

—Boom. Como en las películas.

—Eso es ridículo.

— ¿Sabes qué es lo mejor de las mentiras bien contadas? Que la gente quiere creerlas. Si Maximiliano piensa que nos enamoramos en un vuelo, lo odiará. Porque no es algo que pueda controlar, algo que pueda explicar.

Megan se quedó en silencio un momento. Era una locura. Y, al mismo tiempo… tenía sentido.

—Muy bien. Nos besamos en el avión.

—No. Nos besamos en el baño del avión.

Megan se atragantó con su propia saliva.

— ¡¿Qué?!

— ¿Demasiado?

— ¡Evidentemente!

—Está bien, está bien. Lo dejaremos en el pasillo del avión, justo cuando se apagó la señal del cinturón de seguridad.

—Voy a terminar con una úlcera antes de que esto termine.

Matteo sonrió con esa maldita expresión suya de "todo va según lo planeado".

—Megan, chérie… esto no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO 8 – Prohibido Hacerse Ilusiones

Megan se despertó con una sensación extraña. No era jet lag. Tampoco el estrés de la mentira monumental en la que estaba metida. Era Matteo.

O mejor dicho, la insoportable naturalidad con la que Matteo asumía su papel.

Desde que habían salido del hotel esa mañana, él se movía con una fluidez irritante. La tomaba de la mano con la confianza de un hombre que había hecho esto mil veces. Le susurraba frases en francés que no entendía (y que probablemente ni siquiera eran románticas, pero sonaban endiabladamente bien). Y, lo peor de todo, actuaba como si todo esto fuera su realidad y no un simple teatro.

Megan, en cambio, tenía la expresión de una persona que había sido secuestrada por una telenovela y aún no decidía si resistirse o dejarse llevar por el drama.

—Estás tensa —comentó Matteo mientras caminaban por una de las calles adoquinadas de Montmartre.

—No estoy tensa.

—Tus hombros dicen lo contrario.

—Mis hombros están perfectamente relajados.

—Si estuvieran más rígidos, podrías usarlos como bandeja.

Megan lo fulminó con la mirada, pero Matteo solo sonrió con esa despreocupación exasperante que lo hacía parecer aún más encantador.

—Escucha, cariño —dijo él con descaro—. Si vamos a hacer esto bien, necesito que al menos fingas que disfrutas mi compañía.

—Estoy disfrutando.

—Sí, claro. Lo noto en tu expresión de "necesito urgentemente un ibuprofeno".

Antes de que Megan pudiera responderle, Matteo hizo algo completamente innecesario y absolutamente manipulador: deslizó un brazo alrededor de su cintura y la acercó a él en un gesto tan natural que la tomó por sorpresa.

— ¿Qué estás haciendo? —susurró Megan.

—Integración.

— ¿Integración?

—Necesito que tu cuerpo se acostumbre al mío.

— ¿Disculpa?

—Es psicología. Si te sientes cómoda con el contacto, será más creíble.

—No necesito sentirme cómoda contigo. Solo necesito que Maximiliano lo crea.

—Entonces tendremos que asegurarnos de que cuando él te vea, no haya ninguna duda.

Megan tragó saliva. Había olvidado por un momento lo condenadamente bueno que era Matteo en lo que hacía. Pero claro, era su trabajo. Sabía cómo moverse, cómo mirar, cómo hacer que cada gesto pareciera real.

Y eso, de repente, lo hacía mucho más peligroso.

—Vale, listo —dijo Megan con voz firme, apartándose un poco—. Hemos caminado abrazados por Montmartre. Ya está. No hace falta seguir con esta… esta experimentación antropológica.

Matteo la miró con una expresión divertida.

— ¿Experimentación antropológica?

—No sé, suena más científico.

—Suena como una excusa para evitar decir que te está gustando.

Megan le dedicó una mirada fulminante.

—No te hagas ilusiones, Moreau.

—Oh, chérie… yo nunca tengo que hacerme ilusiones.

Matteo sonrió y se giró justo cuando pasaban frente a un pequeño puesto de flores. Megan se quedó mirándolo con los ojos entrecerrados.

Este hombre iba a volverla loca.

—Bien —dijo él finalmente—. Hora de la siguiente prueba.

Megan cruzó los brazos.

— ¿Cuál?

Matteo señaló con la cabeza una terraza llena de gente.

—Vamos a desayunar. Y durante toda la comida, vamos a actuar como una pareja real.

—Eso ya lo hicimos en el café.

—No. En el café estabas jugando a ganar. Ahora quiero que juegues a olvidar que estás jugando.

Matteo se inclinó hacia ella con ese aire travieso que tenía el mal gusto de parecer seductor.

—Megan, cariño, si quieres que Maximiliano se queme por dentro, necesitas aprender a hacer que esto parezca auténtico hasta cuando no hay testigos.

Y con eso, Matteo tomó su mano y la llevó hacia la mesa como si llevara años haciéndolo.

Megan supo, en ese instante, que esto iba a ser un infierno. Uno deliciosamente entretenido. Pero infierno al fin y al cabo.

CAPÍTULO 9 – Desayuno Con Problemas

El sol parisino se filtraba entre las sombrillas de la terraza, iluminando el café humeante y el cruasán dorado en el plato de Megan. Todo parecía idílico, perfecto… salvo por un pequeño detalle: Matteo Moreau la estaba mirando como si fueran una de esas parejas de Instagram que viven de viajes exóticos y fotos envidiables.

—Para.

— ¿Para qué?

—Para de mirarme así.

Matteo tomó su taza de café con total calma.

— ¿Así cómo?

—Así… como si estuvieras enamorado de mí.

—Chérie, esa es literalmente la base de nuestro trato.

Megan apretó los labios. Era cierto. Ella había pagado por esta mentira, por esta gran actuación, y ahora Matteo se estaba limitando a hacer su trabajo. El problema era lo bien que lo hacía.

—Muy bien, ya que estamos en esto —dijo Megan, recomponiéndose—. Dime, cariño, ¿qué te enamoró de mí?

Matteo apoyó un codo en la mesa y sonrió.

—Tu impaciencia.

Megan parpadeó.

— ¿Mi qué?

—Oh, sí. Tu adorable falta de paciencia. La forma en que te desesperas cuando las cosas no salen como quieres. Es tan… encantadoramente exasperante.

—Eso no suena como un cumplido.

—Pero lo es. Me fascina verte contener la frustración. Como ahora mismo, por ejemplo. Se nota que estás resistiendo la tentación de arrojarme un cubierto.

Megan agarró el cuchillo de la mantequilla con más fuerza de la necesaria.

—Tienes suerte de que esto sea un lugar público.

Matteo soltó una carcajada.

—Ahí está. Esa pasión desbordante. Por eso me enamoré de ti.

Megan apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos, inclinándose levemente hacia él.

— ¿Sabes qué me enamoró de ti?

—Ilumíname.

—Tu modestia.

Él sonrió con malicia.

— ¿Ah, sí?

—Sí. Ese aire de "soy el hombre más irresistible del mundo" que tienes. Es… entrañable.

Matteo rio suavemente, pero no retrocedió.

—Dices eso, pero sigues aquí.

—Porque te contraté, no porque te aguante.

—Oh, cariño… te encanta este juego.

Megan estaba a punto de refutar esa absurda afirmación cuando una voz femenina interrumpió su pensamiento.

— ¡Matteo!

Ambos se giraron al mismo tiempo. Una mujer alta, morena, vestida con una elegancia natural y con una sonrisa felina, se acercaba a su mesa.

Megan sintió un pequeño vuelco en el estómago. ¿Quién demonios era esta mujer y por qué miraba a Matteo como si lo conociera… demasiado bien?

Matteo se levantó con calma y le sonrió.

—Isabelle, qué sorpresa.

La mujer se inclinó y le besó ambas mejillas con familiaridad. Luego miró a Megan, evaluándola con la curiosidad de quien analiza un objeto valioso en una subasta.

—No me dijiste que estabas ocupado.

Matteo sonrió con esa maldita facilidad suya.

—Siempre hay tiempo para los viejos amigos.

Megan sintió un escalofrío.

Viejos amigos, claro. Seguro que también compartieron viejas sábanas.

— ¿No vas a presentarnos? —preguntó Isabelle con una sonrisa afilada.

Matteo hizo un gesto despreocupado.

—Por supuesto. Isabelle, ella es Megan, mi novia.

Megan sintió una satisfacción irracional al escuchar esas palabras… hasta que Isabelle alzó una ceja.

— ¿Novia?

—Desde hace cinco años —soltó Megan con la voz más dulce del mundo, recordando su "aniversario falso".

Matteo la miró de reojo, divertido.

—Así es. Cinco años de pura felicidad.

Isabelle sonrió con incredulidad.

—Cinco años… interesante. No tenía idea de que fueras un hombre de relaciones largas, Matteo.

Megan sintió cómo algo se le revolvía en el estómago. ¿Eso qué significaba?

Matteo se encogió de hombros.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Isabelle miró a Megan de arriba abajo y luego sonrió con un aire casi… compasivo.

—Bueno, qué lindo verte tan… estable. Nos vemos pronto, Matteo.

Y con eso, Isabelle se alejó, dejándolos con una tensión que ni siquiera el café parisino más fuerte podía disolver.

— ¿Quién era ella?

Matteo tomó un sorbo de café y sonrió.

—Ah, chérie… ahora sí que estás jugando bien.

Megan acababa de cruzar una línea peligrosa.

CAPÍTULO 10 – Solo Tú Puedes Verme

Megan se estaba dando cuenta de algo.

Un detalle pequeño, insignificante, pero completamente aterrador.

Matteo la miraba de una forma diferente.

No se puede decir que fuera una lujuria descarada, aunque eso también estaba ahí. Pero sí con el encanto ensayado de un hombre que sabía exactamente qué decir y cuándo decirlo.

No.

Matteo la miraba como si realmente la viera.

Y Megan no estaba acostumbrada a eso. En todas sus relaciones anteriores nadie parecía haberse tomado la molestia de verla tal y como era, de respetar su esencia. El mundo siempre parecía querer cambiarla, como si no fuera lo suficientemente buena para vivir en él.

La gente tiende a querer cambiar a todos cuantos le rodean, sobre todo las parejas. Quiere hacer al otro a su imagen y semejanza. Pero eso cansa, y además no es sano, ni real. El amor es otra cosa, es ver al otro con sus defectos y amarlo en toda su imperfección.

Estaban en un café de París, con una vista espectacular de la ciudad, pero Matteo no estaba prestando atención a nada de eso.

— ¿Así que cortaste rostros desde niña? —preguntó, con su copa de vino en la mano y la sonrisa de alguien que estaba disfrutando más de lo que debería.

—No es tan macabro como suena.

—Oh, no. Suena absolutamente aterrador —dijo, sin dejar de mirarla—. Y fascinante.

Megan exhaló con resignación y se apoyó en la mesa.

—Mi padre era carpintero. Crecí viendo cómo reconstruía cosas con precisión quirúrgica. Era increíble. Nunca veía algo roto. Solo veía algo que podía arreglarse.

Matteo inclinó la cabeza, como si nunca hubiera considerado esa perspectiva.

—Así que tú reconstruyes personas.

—Básicamente.

Matteo dejó la copa de vino en la mesa y entrelazó los dedos.

— ¿Y cuál ha sido tu mejor obra maestra?

— ¿Perdón?

—Tu mejor cirugía. Esa de la que te sientes más orgullosa.

Megan se quedó en silencio.

Porque nadie había hecho esa pregunta antes.

Maximiliano jamás había preguntado por un caso en específico. Siempre hablaba de su trabajo. De su éxito. De su mundo.

Y, sin embargo, ahí estaba Matteo.

Escuchando. Realmente escuchando.

—Fue una niña —susurró Megan después de un momento—. Un accidente con agua hirviendo. La reconstrucción fue una de las más complicadas que he hecho. Pero cuando terminó todo… se miró al espejo y dijo que parecía una princesa otra vez.

Matteo se quedó en silencio.

Un silencio raro en él.

No era el Matteo provocador, ni el Matteo encantador, ni el Matteo arrogante.

Era el Matteo que entendía.

Y eso era peligroso.

Porque Megan estaba aquí por venganza. No para que Matteo Moreau la mirara como si realmente creyera que ella era extraordinaria.

Pero cuando él sonrió, sin ironía, sin bromas, sin artificios…

Megan sintió el golpe en el estómago.

Por primera vez en mucho tiempo, alguien la veía.

Y eso era mucho más aterrador que cualquier venganza.

CAPÍTULO 11 – El Juego más Personal

París es esa ciudad diseñada para el romance. Cada esquina tiene una historia, cada calle adoquinada parece estar hecha para los susurros compartidos. Lo había leído en libros, lo había visto en películas, pero nunca, en su vida, imaginó que estaría en París fingiendo un romance con un hombre que parecía moverse por la ciudad como si la hubiera conquistado hace siglos.

Megan caminaba junto a Matteo sin saber exactamente por qué había aceptado seguir el paseo después del desayuno. En teoría, todo esto debía ser mecánico: practicar su papel, pulir detalles de su mentira, ensayar respuestas para cuando Maximiliano y su prometida aparecieran. Pero en la práctica, nada de esto parecía un plan bien estructurado. Había algo en Matteo que desdibujaba los límites, que hacía que cada paso se sintiera como una línea difusa entre lo que era real y lo que no.

—Estás en silencio —comentó Matteo, con ese tono relajado que sugería que todo en la vida era un juego y él siempre ganaba.

—Estoy pensando.

— ¿En qué?

Megan mantuvo la vista al frente, observando los escaparates de las boutiques elegantes que bordeaban la calle.

—En lo absurdo de todo esto.

Matteo sonrió.

—Me gusta que uses la palabra "absurdo" en vez de "ridículo". Es una mejora.

—No te emociones.

—No puedo evitarlo. Tu evolución emocional me conmueve.

Megan suspiró y se detuvo frente a una panadería con una vitrina repleta de éclairs relucientes y croissants tan perfectos que parecían pintados a mano.

— ¿Quieres uno? —preguntó Matteo, notando cómo sus ojos se posaban en los dulces.

—No tengo hambre.

—Mientes fatal.

Antes de que pudiera detenerlo, Matteo ya había entrado en la tienda y, en cuestión de segundos, salió con una bolsita de papel en la mano. Se la entregó con una sonrisa de satisfacción.

—Come. Te hará bien.

Megan tomó la bolsa con recelo, como si fuera un contrato peligroso en el que, de alguna manera, al aceptar, estuviera perdiendo algo que no alcanzaba a definir. Dio un mordisco pequeño al croissant, sintiendo la mantequilla derretirse en su boca. Cerró los ojos un instante.

Matteo la miró fijamente.

—Ves, chérie, este es el problema.

— ¿Cuál?

—No disfrutas las cosas lo suficiente.

Megan lo miró con incredulidad.

—Perdona, ¿pero qué dices?

—Te he observado. Estás tan enfocada en que todo salga según el plan que olvidas el placer del momento. Como ahora. En vez de comerte el croissant con la felicidad de alguien que ha ganado la lotería, lo muerdes con la precaución de una persona que teme que contenga veneno.

—No necesito clases sobre cómo comer un croissant.

—No, pero necesitas aprender a dejarte llevar.

Megan bufó y continuó caminando.

—No todo el mundo tiene el lujo de pasearse por la vida sin preocuparse por nada.

—Ah, entonces es eso.

— ¿Eso qué?

—Crees que porque disfruto el presente, no me importa el futuro.

— ¿Acaso te importa?

Matteo sonrió, pero esta vez no con su arrogancia habitual, sino con algo más sutil, más enigmático.

—Depende de a quién le preguntes.

Megan sintió un escalofrío. Había algo en Matteo que era desconcertante, algo que iba más allá del papel de gigoló encantador y seguro de sí mismo. Había una sombra en él, una que se escondía tras cada respuesta vaga, tras cada broma cuidadosamente colocada para desviar el tema.

Y ese misterio comenzaba a molestarla más de lo que le gustaría admitir.

—Dime algo —dijo Megan, deteniéndose en seco—. Si no estuvieras haciendo esto… si no fueras un acompañante de lujo, ¿qué estarías haciendo?

Matteo se detuvo también. No esperó la pregunta, lo supo por la forma en que sus facciones cambiaron apenas por un segundo. Luego, la máscara volvió.

—No lo sé.

—Claro que lo sabes.

—Tal vez. Pero eso no significa que quiera responder.

—No me gusta jugar cuando no sé las reglas.

Matteo dio un paso hacia ella, acortando la distancia entre ambos.

—Entonces estás en el juego equivocado, chérie.

Megan tragó saliva. La tensión entre ellos había cambiado. No era la habitual, la del tira y afloja de sus diálogos afilados. Era otra, una que parecía estar cargada de algo más peligroso.

Como si ambos estuvieran perdiendo el control de la situación.

CAPÍTULO 12 – Cruzando límites

La tensión que flotaba en el aire entre Megan y Matteo se pronunciaba más, se disfrazaba de bromas mordaces y respuestas afiladas. Era densa, más real, cargada de algo que ninguno de los dos estaba dispuesto a admitir en voz alta.

Megan no entendía cómo habían pasado del juego inocente a esta conversación que se sentía como un campo minado. Quizás nunca había sido un juego, quizás Matteo siempre había tenido el control de la situación y ella, sin darse cuenta, había seguido su ritmo hasta llegar justo donde él quería. O tal vez… tal vez no era él quien estaba controlando esta vez. Y todo iba tan deprisa que no tenía tiempo para reparar en qué le estaba pasando.

Matteo la observaba con la misma intensidad con la que un jugador de ajedrez analiza su próxima movida. Sus ojos parecían medirla, evaluar cada palabra antes de decidir qué responder, y esa pausa, ese pequeño instante en el que su máscara había caído por un segundo, fue suficiente para que Megan supiera que había tocado algo delicado.

—Sabes que no tienes que decirme nada, ¿verdad? —dijo ella, con un tono más suave del que pensaba usar.

Matteo ladeó la cabeza, con la sombra de una sonrisa en los labios.

—Eso suena a trampa.

—No lo es.

— ¿Seguro? Porque me da la impresión de que si no respondo, vas a sacar tus propias conclusiones.

Megan lo miró sin parpadear.

—Tal vez ya lo he hecho.

Matteo dejó escapar una risa breve, pero no era su risa usual. No era la del hombre que se divertía con el juego, que disfrutaba viéndola perder la paciencia. Era otra.

—Dime, Megan, ¿qué has concluido?

Megan sintió que estaba pisando un terreno del que no podría salir ilesa, pero no apartó la mirada.

—Que no eres solo lo que muestras.

Matteo alzó una ceja, fingiendo sorpresa.

— ¿Ah, no?

—No. Y lo odio.

Matteo soltó una carcajada, pero en su expresión había algo más. Algo que Megan no pudo descifrar.

— ¿Odias qué?

Megan exhaló y se cruzó de brazos.

—Que pensé que esto sería fácil. Contratarte, fingir, humillar a mi ex, regresar a casa con la satisfacción de haber ganado. Pero tú… tú complicas las cosas.

Matteo no apartó la mirada.

—Esa es la primera cosa sensata que has dicho desde que llegamos a París.

Megan sintió que el aire se volvía pesado entre ellos. ¿Cómo habían llegado hasta aquí? ¿Cómo una simple mentira se estaba convirtiendo en algo más?

Matteo bajó la mirada un instante, como si estuviera considerando algo. Luego, con un gesto que no tuvo nada del hombre que ella había conocido en la terminal del aeropuerto, tomó su mano. Fue un toque sutil, sin la teatralidad que solía acompañar sus gestos cuando actuaban frente a los demás. Fue una acción simple, casi inconsciente, como si estuviera probando algo.

Megan no apartó la mano.

—Estás en peligro, chérie —susurró Matteo, sin rastro de burla en su voz.

— ¿Por qué?

—Porque estás empezando a preguntar demasiado.

—No me gusta dejar preguntas sin respuesta.

Matteo la observó, su pulgar trazando un leve círculo sobre su piel.

—Entonces prepárate para frustrarte.

Megan sintió un escalofrío recorriéndole la espalda, porque supo en ese instante que Matteo era un hombre que guardaba secretos. Y ella, sin darse cuenta, estaba cruzando un límite del que no habría vuelta atrás.

CAPÍTULO 13 – De Verdades y Mentiras

La brisa de París le revolvía el cabello, pero Megan apenas lo notaba. Todo lo que su mente podía procesar en ese momento era la mirada enigmática de Matteo, esa expresión de hombre que parecía haber vivido mil vidas y que no tenía intención alguna de explicarle ninguna de ellas.

Caminaron sin prisa por una calle empedrada que serpenteaba entre edificios con balcones de hierro forjado, decorados con flores que parecían colocadas estratégicamente para que cada esquina pareciera sacada de un cuadro impresionista. París tenía ese encanto engañoso, esa forma de hacer que incluso los conflictos parecieran poéticos. Pero Megan no estaba de humor para poesía. No después de la conversación que acababan de tener.

—Creo que estás exagerando —dijo Matteo de repente, con su tono ligero, como si todo esto fuera una broma privada y él fuera el único que conocía el remate del chiste.

Megan se detuvo en seco y se cruzó de brazos, obligándolo a girarse y enfrentarla.

— ¿Exagerando?

—Tu cara —explicó él, inclinando la cabeza con esa expresión divertida que ella ya conocía demasiado bien—. Tienes la misma expresión que alguien que acaba de descubrir que Santa Claus no existe.

Megan apretó los labios con fuerza.

—Tal vez porque acabo de descubrir que mi falso novio es un acertijo envuelto en un enigma con acento francés.

Matteo sonrió.

—Me gusta esa descripción.

—No te hagas el encantador, no funciona.

Matteo se encogió de hombros.

— ¿Segura? Porque, hasta ahora, parece que lo hace de maravilla.

Megan sintió una oleada de frustración. Este hombre tenía la maldita habilidad de desarmarla con la facilidad de alguien que desmonta un rompecabezas con una sola mano.

—Escucha, no me importa quién eres realmente ni qué haces con tu vida —dijo ella, intentando sonar firme—. Pero si vamos a seguir con este teatro, necesito saber con quién estoy tratando.

Matteo la miró con algo que no era burla, sino una especie de paciencia inquietante.

—Chérie, hay una gran diferencia entre una mentira y una verdad a medias.

Megan se cruzó de brazos, sintiendo la brisa fría rozarle la piel.

— ¿Y qué es lo que me has contado hasta ahora?

—Depende de cómo decidas verlo.

—Esa no es una respuesta.

—Pero es la única que vas a obtener.

Megan dejó escapar un suspiro.

— ¿Por qué haces esto?

— ¿Hacer qué?

—Jugar.

—Porque soy bueno en ello.

—No me refiero a nuestro trato. Me refiero a la forma en que evitas todo lo que podría hacerte parecer un ser humano real.

Matteo soltó una carcajada baja, pero en sus ojos había algo más profundo, algo que ella no sabía si quería entender.

— ¿Y qué es un ser humano real para ti, Megan?

—Alguien que, al menos, deja entrever algo de sí mismo.

Matteo la observó en silencio por un momento, con esa forma suya de estudiarla como si fuera un libro que disfrutaba leer pero que jamás admitiría en voz alta que le interesaba. Luego, sin previo aviso, deslizó su mano hasta la suya.

El gesto fue sutil, sin la teatralidad de los toques que solía darle en público, esos que estaban diseñados para que cualquiera que los viera pensara: *esta mujer está locamente enamorada de él.* No. Esto era diferente.

Era un toque real.

Megan sintió su piel estremecerse.

—Estás en peligro, chérie —murmuró Matteo, con una voz que no tenía ni una pizca de su tono usual de burla.

— ¿Por qué?

—Porque estás empezando a preguntar demasiado.

Megan sostuvo su mirada, sin ceder ni un centímetro.

—No me gusta dejar preguntas sin respuesta.

Matteo trazó un leve círculo con el pulgar sobre su mano, un gesto casi imperceptible que envió un escalofrío por su espalda.

—Entonces prepárate para frustrarte.

Megan sabía que debía apartarse, que este momento debía terminar antes de que se sintiera más de lo que debía sentir. Pero no lo hizo. Se quedó allí, con París de fondo, con la ciudad a su alrededor como un testigo mudo de algo que no debería estar sucediendo, de algo que no estaba en el contrato, de algo que no tenía absolutamente nada que ver con Maximiliano, la venganza o el teatro que habían montado.

Porque en ese instante, por primera vez, no estaban actuando.

CAPÍTULO 14 – Rompiendo Reglas

Hay una diferencia entre conocer a alguien y verlo de verdad.

Megan había pasado días junto a Matteo, aprendiendo como eran sus sonrisas ensayadas, su encanto programado, esa particular habilidad de desviar cualquier conversación personal, con una broma.

Era un hombre que no permitía que nadie viera lo que realmente había detrás. ¿Qué tan oscuro sería el secreto que guardaba?

Hasta aquella noche. Hasta que, sin querer, Megan lo sorprendió sin su máscara.

Caminaron por París más tiempo del que habían planeado. Un paseo sin rumbo, una de esas noches donde el aire es tibio y el tiempo no parece importar.

Y ahora estaban en un pequeño puente de piedra, con el Sena extendiéndose bajo ellos, reflejando las luces de la ciudad.

Matteo estaba callado.

Y eso era raro.

Megan cruzó los brazos y lo miró de reojo.

—Vale, ¿qué pasa?

Matteo sonrió, pero no era su sonrisa habitual. Era una sonrisa cansada.

— ¿Alguna vez te has sentido atrapada en un papel?

— ¿Como en una obra de teatro?

—Como en la vida.

Matteo se apoyó en la baranda del puente y se pasó una mano por el cabello, despeinándolo sin darse cuenta.

Siempre se veía perfecto.

Pero ahora, con la camisa ligeramente arrugada, con la sombra del cansancio en los ojos, parecía más real que nunca.

—Todo el mundo cree que soy esto —continuó—. El tipo divertido, el gigoló encantador, el hombre que siempre tiene una respuesta ingeniosa.

Megan apoyó los codos en la baranda, observándolo con curiosidad.

— ¿Y no lo eres?

Matteo exhaló una risa breve.

—Sí, claro. También soy eso. Pero no solo eso.

Porque algo le decía que esto era importante.

Matteo no hablaba así.

No con esa voz baja. No con esa mirada ausente.

—Cuando era niño, me pasaba horas viendo películas antiguas —murmuró—. Imitaba los gestos, los diálogos, los movimientos. Quería ser ellos. Quería ser alguien más.

— ¿Por eso quieres ser actor?

Matteo giró la cabeza y la miró con una media sonrisa.

—No. Quiero ser actor porque es lo único que me ha salvado de volverme loco.

Eso no era una frase ligera.

—Mi madre siempre decía que tenía talento para interpretar cualquier cosa —continuó Matteo—. Lo que no sabía es que lo decía porque ya lo estaba haciendo.

Se giró hacia Megan y apoyó la espalda contra la baranda.

—Aprendí a mentir desde pequeño. Aprendí a sonreír cuando no quería. A decir lo que la gente quería oír. A encantar a todos, porque si los encantaba… no me harían daño.

Megan sintió algo parecido a un nudo en el estómago.

Porque por primera vez, Matteo Moreau no estaba actuando.

Y eso cambió algo en ella.

Matteo suspiró y miró la ciudad, como si su confesión no tuviera importancia. Como si no acabara de dejar caer su escudo.

Pero Megan sí lo vio.

Y en ese momento, supo que Matteo no era solo un gigoló. No era solo una distracción, ni una estrategia, ni una venganza bien ejecutada.

Era un hombre que luchaba contra su propio reflejo. Que tan cierto es eso de, si quieres comprenderme, te presto mis zapatos.

Los humanos tenemos esa odiosa particularidad de opinar de todo y de todos sin saber, en realidad.

Nos gusta decirle a la gente lo que debe de hacer, lo que está mal y lo que está bien, y aquello de… Pues si fuera yo, haría tal cosa.

¿Cómo vas a saber qué harías en la situación de otro si nunca te ha pasado? No supo qué pensar, pero le pareció tan franco, tan sincero y a la vez tan sencillo. Que se sintió poderosamente atraída por saber más de él.

Por momentos perdía el foco de la cuestión, ella no estaba allí para conocerlo a él, estaba para darle en la cabeza a su ex. Aquel que la dejó de la noche a la mañana por una tipeja con nombre de dibujo animado.

Aun con todo, por primera vez en varios días… Megan no quiso jugar con Matteo.

Quiso entenderlo.

CAPÍTULO 15 – Ensayo de una Mentira

Megan miraba el vestido colgado frente a ella como si fuera un traje del demonio y no una obra maestra de la alta costura. Negro, elegante, con un escote justo lo suficientemente arriesgado para captar miradas sin parecer desesperado, con una caída de tela que se deslizaba sobre su cuerpo como si hubiera sido hecho para ella. No era un vestido cualquiera. Era una declaración.

Y mañana por la noche, tendría que llevarlo puesto, con la cabeza alta y la mentira tatuada en la piel.

El evento de gala al que asistiría Maximiliano era la oportunidad perfecta para ejecutar su plan. Allí, entre champán, joyas ridículamente caras y conversaciones banales sobre inversiones millonarias y el futuro del mercado financiero, ella haría su gran entrada con Matteo Moreau a su lado, impecable, encantador, tan endiabladamente convincente que Maximiliano no tendría más remedio que tragarse su ego en seco.

Ese era el plan. Pero había un problema.

El problema era que, si seguía así, era ella la que iba a acabar creyéndose la mentira.

—Sigues mirándolo como si te estuviera desafiando —comentó Matteo desde el otro lado de la habitación, donde estaba recostado en el sofá con su absoluta falta de preocupación habitual.

Megan exhaló y cruzó los brazos.

—Es un vestido. No tiene el poder de desafiarme.

—Todo depende de cómo lo lleves.

Megan le lanzó una mirada de advertencia.

— ¿Tienes una opinión sobre cómo debería llevarlo?

—Oh, muchas —Matteo sonrió con esa facilidad suya, con esa manera de existir como si todo el universo estuviera diseñado para entretenerlo—. Pero la clave, chérie, es que no se trata del vestido. Se trata de cómo lo vas a usar para hacerle entender a Maximiliano que jamás podrá volver a tocarte.

Megan mantuvo la mirada en la tela negra, sintiendo el peso de la verdad en sus palabras. Era cierto. No se trataba de un simple vestido, ni siquiera de la venganza. Se trataba de dejar claro que ya no era la misma mujer que Maximiliano había dejado atrás.

—Necesitamos ensayar —dijo de repente, girándose hacia Matteo con determinación.

Él arqueó una ceja.

— ¿Ensayar?

—Sí. No podemos aparecer en esa gala y actuar como si nos hubiéramos conocido ayer. Tenemos que pulir cada detalle. Cada mirada. Cada gesto.

Matteo se incorporó lentamente, con una expresión que Megan no supo descifrar del todo.

— ¿Quieres que practiquemos nuestra relación falsa?

—Sí.

—Interesante.

Megan le lanzó una mirada impaciente.

—No empieces.

Matteo sonrió y se puso de pie, caminando hacia ella con la lentitud de quien tiene todo el tiempo del mundo.

—Está bien. Practiquemos.

—Si alguien nos pregunta cómo nos conocimos, ¿qué respondes?

Matteo deslizó las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Nos encontramos en un vuelo a París. Derramé café sobre ti y, en un arrebato de culpa y admiración, compré una blusa nueva para ti en la tienda del aeropuerto con una nota seductoramente perfecta.

—Bien. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos?

—Cinco años.

— ¿Cuál es mi postre favorito?

—Los macarons de pistacho.

Megan entrecerró los ojos.

—Eso lo acabas de inventar.

Matteo sonrió.

—Sí. Pero parece algo que dirías.

—No puedes basar toda la historia en suposiciones.

—Oh, pero claro que puedo.

Matteo acortó la distancia entre ellos, y Megan sintió su proximidad como una advertencia silenciosa, como una corriente eléctrica en el aire.

—Si queremos que esto sea creíble, no podemos limitarnos a aprender datos básicos el uno del otro —dijo él en voz baja—. Tenemos que conocernos de verdad.

Megan sintió su corazón acelerarse, pero no dejó que se notara.

— ¿Y cómo propones que hagamos eso?

Matteo sostuvo su mirada con una intensidad que no tenía nada de teatral.

—Confiando.

—Confianza. Qué irónico viniendo de ti.

— ¿Por qué lo dices?

—Porque todavía no sé ni una sola cosa real sobre ti.

Matteo inclinó la cabeza, evaluándola, como si estuviera decidiendo cuánto decir.

— ¿Quieres saber algo real sobre mí?

—Sí.

Matteo dejó pasar un instante antes de responder.

—Si pudiera elegir cualquier otra cosa que hacer con mi vida, actuaría en el teatro.

Megan sintió que su respiración se detenía un segundo.

— ¿Qué?

—Has preguntado. Te he respondido.

Megan lo miró con atención, tratando de descifrar si esto era solo otra capa de su interminable juego.

— ¿Quieres ser actor?

Matteo esbozó una sonrisa, pero esta vez no era una de sus sonrisas calculadas. Era más pequeña, más real.

—Supongo que ya lo soy, ¿no?

Megan sintió que algo en su interior se movía, pero no supo qué era exactamente.

—Entonces, ¿por qué no persigues eso?

Matteo apartó la mirada por primera vez desde que empezaron a hablar.

—No todo el mundo tiene el lujo de perseguir sus sueños, Megan.

Y ahí estaba. Un pequeño resquicio en la armadura.

Un destello de verdad en medio de todas sus mentiras.

Megan sintió una extraña mezcla de satisfacción y algo más peligroso, algo que no quería analizar demasiado.

Matteo Moreau, era un hombre que había renunciado a algo importante, educado quizás en la frustración de comprender lo que cuesta conseguir lo que se sueña. Qué lejos quedaba todo eso de las Penelopes vacías que tan solo pensaban en comprar bolsos de última moda.

En qué momento esta historia de venganza estaba dejando de ser importante en su fin. El rencor hacia su ex parecía disiparse a medida que conocía más a aquel hombre desconocido que había llegado a su vida por encargo. Necesitaba saber más acerca de él, hablaba poco de su vida. Se dio cuenta, que en todos estos días con Matteo, absorta en preparar al dedillo su venganza, ni siquiera se había acordado del odioso Maxim.

Y ella quería saber por qué.

CAPÍTULO 16 – Hay Secretos que Lo Cambian Todo

París de noche tenía una magia particular.

No solo por las luces doradas reflejándose en el Sena, ni por el aroma a pan recién horneado que flotaba en el aire. Era la ciudad donde todo parecía posible.

Tal vez por eso, cuando Megan y Matteo caminaron sin rumbo después de la cena, sus defensas estaban más bajas de lo normal.

O tal vez fue solo Matteo.

Porque aquella noche, él dejó de ser el hombre que tenía todas las respuestas.

Y Megan no estaba preparada para lo que encontró en su lugar.

— ¿De verdad quieres ser actor?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerse.

Matteo giró la cabeza y la miró con una sonrisa breve, pero no burlona.

— ¿Suena tan ridículo?

—No, pero… eres demasiado bueno mintiendo.

—Exacto.

Matteo se apoyó en la baranda del puente donde se habían detenido. La luz de los faroles proyectaba sombras suaves en su rostro, resaltando su mandíbula, la curva perezosa de su boca, la mirada que no tenía nada de la ligereza con la que solía moverse por el mundo.

—Llevo toda mi vida interpretando —continuó—. La diferencia es que en un escenario… no tendría que hacerlo para sobrevivir.

Megan sintió una punzada extraña en el pecho.

Matteo nunca hablaba de sí mismo de verdad, y poco a poco lo hacía más seguido.

— ¿Sobrevivir? —preguntó, con el tono más neutral que pudo.

Matteo esbozó una media sonrisa, como si se arrepintiera de haber dicho demasiado.

—Digamos que no nací en una familia donde “seguir los sueños” fuera una opción.

Megan apoyó los codos en la baranda y lo observó.

— ¿Y cómo terminaste en este trabajo?

Matteo suspiró y miró hacia el río, como si las respuestas estuvieran flotando entre los reflejos de la ciudad.

—Porque era bueno. Porque sabía jugar con las expectativas. Porque entendí rápido que el mundo no te da nada gratis, y que si quieres sobrevivir, tienes que ser mejor que todos los demás, hagas lo que hagas, te dediques a lo que te dediques.

—Eso suena agotador.

Matteo rió, pero no con diversión.

—Lo es.

De repente, Matteo estaba ocupando toda la atención de ella. No parecía el gigoló encantador, ni el seductor que sabía exactamente qué decir y cómo decirlo.

Parecía un hombre con una historia que nadie le había pedido que contara.

Y por alguna razón, Megan quería escucharla.

—Si fueras actor, ¿qué papel querrías interpretar primero? Ya sabes, siempre hay alguna peli que nos arrebató el corazón.

Matteo giró la cabeza y la miró con sorpresa. No porque no tuviera respuesta, sino porque nadie le había hecho esa pregunta antes. Parece que ambos habían pasado por la vida siendo invisibles para los demás. Es curioso como una persona desconocida puede volver tu confidente en tan poco tiempo y conociéndose de la manera más insospechada. Año de relación con Maxim y no recordaba una conversación profunda. Ahora que lo pensaba con la distancia oportuna, lo veía más claro que nunca, ¿qué le había unido a un tipo tan diferente a ella? Ni tan siquiera compartían los mismos valores. Megan vio la verdad en sus ojos antes de que hablara. Todo en él le parecía sincero.

—El que me permita ser yo por primera vez.

Megan sintió un nudo en la garganta.

Porque supo, con la certeza de alguien que acababa de entender algo importante, que Matteo Moreau era un hombre que valía la pena seguir conociendo. Pero ¿qué pasaría cuando toda esa locura de la venganza acabase? ¿Tendría que seguir pagándole para hablar con él?

Y eso cambió algo en ella.

Porque ahora, cuando lo miraba, ya no veía solo a un cómplice en su plan.

Veía a alguien a quien quería conocer por más tiempo, alguien al que le gustaría llevar a ver una puesta de sol, o preparar un viaje por la Toscana. De repente, lo sentía como un compañero de viaje, viajando en cualquier dirección.

CAPÍTULO 17 – Demasiado Real

La noche había caído sobre París con esa elegancia natural que solo la ciudad parecía dominar. Desde la ventana de su habitación, Megan veía la hilera de luces doradas reflejarse en el Sena, el murmullo lejano de conversaciones y risas filtrándose desde la calle, el aroma embriagador de pan recién horneado y perfume caro flotando en el aire. Todo parecía diseñado para que una mujer en su situación se rindiera a la idea del romance.

Megan no era de las que se rendían fácilmente.

Se volvió hacia Matteo, quien estaba sentado en el sofá con una copa de vino en la mano, su postura relajada pero su mirada fija en ella con esa intensidad que le daba la sensación de que estaba leyendo algo que ella misma no entendía del todo.

—Dime algo —dijo Megan, cruzando los brazos—. ¿Siempre eres así con tus clientas?

Matteo sonrió con esa facilidad suya, como si la pregunta le divirtiera en lugar de incomodarlo.

—Define "así".

—Tan… ¿cómo decirlo? Molesto.

Matteo rió entre dientes y bebió un sorbo de vino antes de responder.

—Solo con las que insisten en hacer preguntas que no deberían.

Megan rodó los ojos y se acercó, apoyándose contra la mesa de cristal del salón.

—Sigues esquivando respuestas.

—Sigues insistiendo en obtenerlas.

—Porque quiero entenderte.

Matteo bajó la copa lentamente, su mirada evaluándola con un brillo que no tenía nada que ver con la diversión habitual en sus ojos.

— ¿Y por qué quieres entenderme, Megan?

Ella abrió la boca, pero no tenía una respuesta inmediata. No podía decirle que era simple curiosidad, porque no lo era. No podía decirle que era parte del plan, porque el plan nunca había requerido que ella lo comprendiera.

No tenía una respuesta que no la metiera en problemas.

Así que optó por la única defensa que le quedaba.

—Porque si vamos a engañar a Maximiliano, necesito conocer todos los detalles.

Matteo sonrió con lentitud, pero su expresión no tenía nada de ligero.

—Claro. Maximiliano.

Megan sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No porque tuviera miedo de Matteo, sino porque tenía miedo de lo que esa mirada significaba. Porque él sabía. Sabía que esto ya no era solo sobre Maximiliano. Sabía que en algún punto, ella había dejado de fingir. Parecía leerle la

mente, eso la dejaba al desnudo frente a él, sin necesidad de decir nada. Podía sentir como Matteo era capaz de ver su alma.

Matteo dejó la copa sobre la mesa con calma y se levantó, acercándose a ella con esa facilidad innata que lo hacía parecer como si cada movimiento estuviera perfectamente calculado para invadir su espacio personal sin que pareciera forzado.

—Déjame hacerte una pregunta ahora —dijo él, su voz lo suficientemente baja como para que el aire entre ellos se volviera más denso.

—Adelante.

— ¿Por qué quieres que Maximiliano piense que me amas?

Megan sintió el estómago encogerse ante la elección de palabras. No “que estás con alguien mejor”, no “que has seguido adelante”, sino “que me amas”.

Se obligó a mantener la compostura.

—Porque él necesita creerlo.

— ¿Y tú?

Megan sintió su pulso acelerarse, pero no apartó la mirada.

— ¿Qué pasa conmigo?

— ¿Qué necesitas creer?

Megan no tenía una respuesta para eso. O quizás sí, pero no era una que estuviera dispuesta a decir en voz alta.

—Mañana en la gala —dijo en su lugar, desviando la conversación con la misma facilidad con la que él solía hacerlo—, necesito que hagamos esto perfectamente. Sin errores. Sin dudas.

Matteo la observó por un segundo más, como si le diera la oportunidad de ser honesta consigo misma. Luego, simplemente sonrió y asintió.

—Por supuesto, chérie. Sin errores.

Pero Megan ya los había cometido todos. Y además, no estaba segura de querer corregirlos.

CAPÍTULO 18 – Algo Ha Cambiado

La noche previa a la gala tenía una extraña electricidad en el aire. París, normalmente vibrante, parecía más silenciosa, como si estuviera conteniendo el aliento.

O tal vez era solo Megan. Algo había cambiado.

No sabía exactamente cuándo ni cómo, pero ya no podía mirarlo sin sentir el peso de todo lo que estaba en juego.

Matteo lo sabía. Lo podía notar en cada uno de sus movimientos de manos, en la vergonzosa mirada que se le dibujaba cada vez que él le hacía una pregunta comprometida.

Estaban en la suite del hotel, cada uno con una copa de vino en la mano, haciendo tiempo antes de irse a dormir, pero sin apresurarse a que la noche terminara.

Matteo estaba descalzo, con la camisa abierta en el cuello, con esa expresión perezosa pero atenta, como si pudiera leer cada pensamiento que Megan estaba tratando de ocultar.

—Mañana es el gran día —dijo él, rompiendo el silencio. ¿Cómo te sientes?

Megan bebió un sorbo de vino y cruzó las piernas, fingiendo que su estómago no estaba hecho un nudo.

—Mañana es el día en que Maximiliano se tragará su orgullo con una copa de champán. Espero fastidiarle su fiesta a ese patán engreído.

—Y tú, ¿cómo te sientes?

— ¿Debería sentir algo?

Matteo la miró con diversión.

—No sé. Tal vez emoción, adrenalina. O tal vez un poquito de culpa.

Megan soltó una risa breve.

— ¿Por qué sentiría culpa?

Matteo inclinó la cabeza con lentitud.

—Porque esto no es solo una venganza para ti.

Megan sintió un escalofrío recorrerle la espalda, los eternos respingos que la delataban.

Ahí estaba de nuevo.

Esa maldita manía que tenía Matteo de decir en voz alta lo que ella ni siquiera estaba lista para admitir.

— ¿Y qué es entonces? —preguntó, con un tono demasiado despreocupado para ser creíble.

Matteo apoyó la copa en la mesa y la miró fijamente.

—Es personal.

—Eso es lo mismo que la venganza.

Matteo sonrió, pero esta vez no fue arrogante. Fue un poco triste.

—No, cariño. La venganza se disfruta en el momento. Lo personal… se queda contigo cuando todo termina.

Sabía que tenía razón.

Porque cuando todo esto terminara, Matteo se iría.

Volvería a su vida, a su mundo de mujeres ricas y noches calculadas. ¡Qué asco me estaban dando ya las mujeres ricas! Como si tratara de una plaga a exterminar.

Y ella…

Ella se quedaría con una versión de sí misma que no estaba segura de reconocer. Eso la hacía más vulnerable, no estaba acostumbrada a sentirse así. Le incomodaba pensar en su nueva realidad.

—Tengo sueño —dijo Megan de repente, levantándose del sofá.

Matteo la miró con calma, pero ella vio la burla en sus ojos.

Sabía que estaba huyendo.

Y la estaba dejando hacerlo.

—Duerme bien, chérie —murmuró él, con voz baja.

Cuando Megan se metió en su habitación y cerró la puerta tras de sí, apoyando la espalda contra la madera con el corazón acelerado, comprobó que todas las alarmas de su cuerpo estaban pitando sin control. Aquello se le iba de las manos. ¿Qué le pasaba con ese hombre?

CAPÍTULO 19 – Como si Fueras Mía

Megan despertó con la certeza de que había cruzado un límite la noche anterior. O mejor dicho, que Matteo lo había hecho y que ella, en un acto de insensatez absoluta, no había retrocedido.

Se quedó tumbada en la cama, observando el techo de la elegante habitación del hotel, tratando de encontrar algún resquicio de lógica en lo que estaba sucediendo. Esto era un plan, una mentira perfectamente estructurada, un teatro de alta calidad en el que cada palabra, cada roce y cada sonrisa estaban calculados para provocar una reacción en Maximiliano. Nada de esto era real.

Y sin embargo, cuando Matteo la había mirado con esa intensidad, cuando sus dedos rozaron su piel con la facilidad de alguien que conocía cada uno de sus gestos, cuando le había dicho *"quiero que nos vea así, como si fueras mía"*, Megan no había sentido que estuvieran actuando.

Se sentó en la cama de golpe, frotándose el rostro con las manos. No podía permitirse esto.

No podía confundirse.

Se obligó a ponerse en marcha, a seguir su rutina habitual. Ducha, café negro, una lista mental de todas las cosas que debían estar bajo control. El plan. El maldito plan. Esa era la prioridad. No Matteo, no su mirada, no la forma en que la hacía sentir como si la mentira ya no fuera necesaria porque de algún modo ya estaban en ella.

—Tienes esa cara de "todo se me está saliendo de control" otra vez —la voz de Matteo llegó desde el otro lado de la habitación, arrastrada por la pereza matutina, con el acento francés más marcado de lo habitual.

Megan lo encontró recostado en el sofá, sin camisa, con los pantalones del pijama sueltos y su cabello desordenado, como si no le importara absolutamente nada en la vida. Y, por supuesto, eso la irritó más de lo necesario.

—No tengo ninguna cara —respondió ella, volviendo a su café.

—Claro que sí. Es la misma que pusiste ayer cuando empezaste a pensar demasiado.

—No estoy pensando demasiado.

—Ah. ¿Así que hoy decidiste aceptar la confusión sin más?

Megan cerró los ojos un segundo y respiró hondo antes de girarse hacia él con la mejor expresión de paciencia forzada que pudo reunir.

—Matteo, hoy tenemos una cita importante, ¿recuerdas? En vez de psicoanalizarme, podríamos enfocarnos en perfeccionar nuestro plan.

Matteo la observó por un instante, evaluándola con esa facilidad irritante que tenía para desmontar su fachada. Luego, con la tranquilidad de quien disfruta provocar caos, se levantó del sofá y se acercó hasta quedar frente a ella.

—Dime, chérie, ¿cuál es el verdadero problema aquí?

Megan sintió que su espalda se tensaba automáticamente. Ella y sus respingos mortales.

—No hay problema.

—No, claro que no. Solo es coincidencia que desde anoche no puedas mirarme más de tres segundos sin parecer que estás evaluando tus decisiones de vida.

—No me pasa nada.

Matteo esbozó una sonrisa lenta, como si le divirtiera verla pelear con algo que no quería admitir.

—Ah. Entonces, supongo que tampoco te afectó lo que dije anoche.

—Dijiste muchas cosas anoche.

—Pero solo una te hizo quedarte sin palabras.

Silencio.

Matteo inclinó la cabeza levemente, como si estuviera esperando que Megan le diera la respuesta que ni siquiera ella tenía clara.

—No tengo tiempo para esto —murmuró ella, dándose la vuelta con su café en mano, pero Matteo la atrapó por la muñeca antes de que pudiera alejarse. No con fuerza, ni con urgencia. Solo con la certeza de que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Megan sintió el calor de su piel, el pulso constante bajo sus dedos, la proximidad que parecía haber perdido todo sentido del profesionalismo.

—Déjame adivinar —susurró él, con esa maldita voz suya que parecía diseñada para arruinar su capacidad de razonar—. Lo que realmente te molesta es que, por un momento, quisiste creer que era verdad.

Megan sintió cómo su pecho se comprimía.

Porque esa era la pregunta que llevaba toda la mañana intentando ignorar.

¿Y si, solo por un segundo, quiso creer que era real?

Matteo la soltó con la misma calma con la que la había sujetado y retrocedió apenas un paso, dándole espacio, dándole la oportunidad de negar, de fingir, de reírse y desviar el tema como siempre hacía con él.

Pero no lo hizo.

Porque no estaba segura de poder seguir fingiendo.

CAPÍTULO 20 – Reencuentro del Pasado

El día transcurrió en un estado de tensión latente, como si el universo mismo estuviera conteniendo la respiración antes del gran acto final. Megan intentó mantenerse ocupada con los preparativos, asegurándose de que todo estuviera bajo control, revisando cada detalle del plan, pero había algo que no podía controlar, algo que la inquietaba más que la idea de ver a Maximiliano después de tanto tiempo: Matteo.

Desde la conversación de esa mañana, algo en la dinámica entre ellos se había desplazado de manera imperceptible, pero definitiva. Megan lo sentía en cada mirada sostenida un segundo más de lo necesario, en cada silencio que antes habría estado lleno de sarcasmo pero que ahora llevaba un peso diferente, en la manera en que Matteo parecía moverse a su alrededor con una conciencia aguda de su presencia, como si estuviera esperando que ella fuera la primera en admitir que algo había cambiado.

Megan no estaba dispuesta a darle ese placer.

Así que hizo lo único que podía hacer: se concentró en la gala.

El vestido negro que había elegido se ajustaba a la perfección, marcando cada curva con una elegancia calculada. No era un vestido para pasar desapercibida. Era una armadura. Una declaración de guerra. La clase de prenda que aseguraba que, cuando entrara en ese salón, nadie vería a la mujer a la que Maximiliano había dejado. Solo verían a la mujer que él nunca podría recuperar.

—Nada mal, chérie.

La voz de Matteo llegó desde la puerta y, cuando Megan se giró, por un instante, todo lo que tenía preparado se desmoronó.

Matteo Moreau, vestido con un esmoquin negro impecable, con la corbata ligeramente aflojada como si la elegancia extrema le resultara demasiado fácil, era sencillamente devastador.

Él la recorrió con la mirada de arriba abajo, lento, sin prisa, con una apreciación que no tenía nada que ver con su papel en esta mentira y todo que ver con el hecho de que realmente la estaba viendo.

—Podrías cerrar la boca —dijo Megan, en un intento desesperado por no dejarse afectar.

— ¿Y perderme la oportunidad de ver cómo intentas fingir que no te gusto?

Megan lo fulminó con la mirada, pero su cuerpo ya había registrado la cercanía, la voz, la manera en que Matteo siempre parecía demasiado consciente de ella.

—No es cuestión de gustarme o no. Es cuestión de que tenemos un trabajo que hacer esta noche.

Matteo se acercó con la calma de alguien que no tiene ninguna prisa en desmontar las defensas de otra persona.

—Exactamente. Y creo que es hora de repasar la regla más importante.

— ¿Qué regla?

Matteo la miró directamente a los ojos, su voz lo suficientemente baja como para que el aire entre ellos se tensara.

—Cuando entremos en ese salón, quiero que recuerdes algo.

Megan se estaba derritiendo más rápido que un helado en agosto.

— ¿Qué?

Matteo esbozó una sonrisa, pero esta vez no tenía rastro de burla.

—Que no estamos actuando solo para él.

Megan sintió que su corazón se detuvo un segundo.

— ¿A qué te refieres?

Matteo se inclinó apenas un poco, lo suficiente para que su aliento rozara su mejilla.

—Que si quieres que Maximiliano crea que me amas, primero vas a tener que convencerte a ti misma.

Megan no tuvo oportunidad de responder porque Matteo ya se había enderezado, ofreciéndole su brazo con la misma facilidad con la que acababa de desarmarla por completo.

—Vamos, cariño. Es hora de darle un buen espectáculo.

Y Megan, sin saber cómo, sin entender por qué, se aferró a su brazo como si realmente creyera que la mentira en la que estaban envueltos era la única verdad que importaba.

CAPÍTULO 21 – Luces, Cámara… Acción

La entrada a la gala era todo lo que Megan esperaba: opulenta, brillante, el tipo de evento diseñado para que los ricos se felicitaran entre sí por seguir siendo ricos mientras bebían champán de copas ridículamente delgadas y hacían bromas sobre la economía que jamás los afectaría.

Pero a Megan no le importaba la ostentación, ni las lámparas de araña que colgaban como joyas del techo, ni la alfombra roja que parecía una pasarela para egos inflados. Solo había una razón por la que estaba aquí.

Maximiliano.

Apretó la mano de Matteo alrededor de su brazo, más por necesidad que por estrategia. Sabía que lo vería en cualquier momento, que en algún punto de la noche ese instante que había anticipado tantas veces finalmente sucedería.

Matteo, por su parte, parecía exactamente como debía parecer: relajado, seguro, completamente en control. Su brazo se sentía cálido bajo su mano, su presencia lo suficientemente cercana para que cualquiera que los viera no dudara ni por un segundo que eran una pareja real.

—Estás increíblemente tensa, chérie —susurró, inclinándose hacia ella justo cuando pasaban las grandes puertas del salón principal.

—No estoy tensa.

—Mientes fatal.

Megan no pudo responder porque, en ese momento, su mirada se encontró con la de Maximiliano.

Y el mundo pareció detenerse por un segundo.

Maximiliano estaba allí, exactamente como lo recordaba: perfectamente peinado, impecablemente vestido, con ese aire de superioridad que siempre había sido parte de él. Pero había algo más. Algo que no pudo identificar hasta que sus ojos recorrieron el espacio a su lado y la vio.

Penélope.

Alta, rubia, con un vestido color champagne que se pegaba a su figura con la precisión de un diseño hecho a medida. Su cabello caía en ondas perfectas sobre los hombros y su sonrisa era justo como Megan la había imaginado: ensayada y vacía.

—Oh, esto se va a poner interesante —murmuró Matteo, su tono apenas contenido, como si estuviera disfrutando demasiado de la escena.

Megan sintió su corazón latir con fuerza. Pero no podía permitirse un solo error.

No. Aquí la única que debía tener el control era ella.

Así que enderezó los hombros, sonrió con la facilidad de quien no tiene absolutamente nada que demostrar y caminó con Matteo a su lado como si el evento hubiera sido organizado en su honor.

Y cuando estuvo lo suficientemente cerca, hizo lo que cualquier mujer que quisiera dejar en claro que había seguido adelante haría.

Se inclinó hacia Matteo, rozando sus labios contra su mejilla en un gesto casual, perfectamente ensayado, y se aseguró de que Maximiliano estuviera mirando cuando Matteo se giró lo suficiente como para convertir el roce en un beso mucho más real de lo necesario.

Y entonces, el juego comenzó.

CAPÍTULO 22 – Lo que Menos Esperas

El salón de la gala era una obra maestra de la horterada suprema. Lámparas de araña colgaban como constelaciones de cristal, reflejando la luz sobre mesas vestidas en terciopelo y copas de champán que nunca se vaciaban.

Megan no veía nada de eso.

Solo veía a él.

Maximiliano estaba a unos metros de distancia, con la mano colocada en la cintura de Penélope, hablando con un grupo de empresarios que parecían sacados de un catálogo de relojes de lujo.

Y en cuanto su mirada se cruzó con la de Megan, todo cambió.

El ligero endurecimiento en su mandíbula. La forma en que sus ojos se movieron rápidamente hacia Matteo, como si intentara procesar qué demonios estaba viendo.

Maximiliano había esperado muchas cosas. Pero no esto. No a Megan de la mano de un hombre como Matteo. No a Megan luciendo impecable, deslumbrante, inalcanzable. No a Megan actuando como si él nunca hubiera existido.

Matteo debió notarlo también, porque se inclinó con la naturalidad de alguien que sabía perfectamente lo que estaba haciendo, deslizó su brazo por la espalda de Megan y la atrajo contra él con la precisión de un hombre que tenía el control de toda la habitación.

—Cuidado, chérie —susurró junto a su oído—. Nos están viendo.

Megan mantuvo su sonrisa perfectamente calibrada y bebió un sorbo de su copa.

—De eso se trata, ¿no?

Matteo sonrió, pero su mirada se tornó afilada.

—Oh, no. Esto ya no se trata solo de él.

Antes de que Megan pudiera responder, Maximiliano ya estaba delante de ellos.

—Megan. —Su voz fue suave, educada, con un matiz de sorpresa que trataba de disimular demasiado rápido.

Megan bajó la copa y lo miró con una sonrisa pulida y sin fisuras.

—Maximiliano.

El silencio que se extendió entre ellos fue tan tenso que podría haberse roto con un susurro.

Penélope se acercó un poco más a su prometido, con una sonrisa encantadora que olía a pura estrategia.

—No esperaba verte aquí —dijo Maximiliano finalmente, con la expresión de un hombre que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para sonar casual.

Megan mantuvo la mirada, disfrutando cada segundo de su incomodidad.

—Oh, ya sabes, París siempre es una buena idea.

Matteo apretó suavemente su cintura.

— ¿Y tú quién eres? —interrumpió Maximiliano, mirando a Matteo con una cortesía que tenía filo en los bordes.

Matteo sonrió con facilidad y estiró la mano.

—Matteo Moreau.

Maximiliano no la tomó de inmediato. Se tomó su tiempo. Como si intentara decidir qué hacer con la situación.

Finalmente, estrechó la mano de Matteo con una fuerza sutil pero evidente.

—Maximiliano Dumas.

—Oh, lo sé —respondió Matteo, con una sonrisa demasiado relajada para ser inocente—. Megan me ha hablado mucho de ti.

Megan sintió cómo la tensión aumentaba. El pecho quería salirse de aquel vestido sinuoso.

Maximiliano ladeó la cabeza, sin apartar la mirada de Matteo.

— ¿Ah, sí? Qué interesante. Porque ella no me ha hablado de ti en absoluto.

—Bueno, ya sabes cómo es esto. A veces, lo bueno simplemente aparece sin previo aviso.

Maximiliano no respondió de inmediato. Solo apretó la mandíbula lo suficiente para que Megan notara que esto no era lo que él esperaba. Estaba molesto, su ego de machito se vio resentido de inmediato. No dejaba de martillear en su cabeza con las negaciones propias del incrédulo que no credibilidad a lo que está viendo.

No a una Megan así. No Megan con alguien como Matteo.

Penélope pareció notar la tensión, porque entrelazó su brazo con el de Maximiliano y sonrió con su mejor versión de mujer perfectamente segura.

— ¿Y ustedes llevan mucho tiempo juntos?

Megan sintió la pregunta como una prueba.

Matteo giró la cabeza y la miró con una sonrisa lenta, perezosa, como si la respuesta fuera demasiado obvia.

—Bastante —respondió él antes de que Megan pudiera decir nada—. Aunque, en realidad, cuando encuentras algo tan bueno… el tiempo deja de importar.

Matteo sonaba demasiado convincente. No estaba actuando solo para Maximiliano.

Ella misma ya no sabía dónde terminaba la mentira y empezaba la verdad.

Y Maximiliano… Maximiliano tampoco.

Y eso era lo mejor de todo. Verlo allí, inquieto, nervioso, haciéndose mil preguntas sin encontrar las respuestas verdaderas. Qué poco había tardado Megan en reemplazarlo, supuestamente ella quedó traumatizada con la separación y ahora de repente, aparecía con un galan de cine, superenamorado.

CAPÍTULO 23 – Perdiendo el Control

Megan sintió el golpe de su victoria en el aire, un pulso sutil pero inconfundible. Maximiliano estaba desconcertado, y eso le gustaba, estaba disfrutando de verlo con cierta angustia que se empeñaba en disimular.

No lo demostraba de manera evidente—él nunca lo hacía—pero se notaba la tensión en su mandíbula, la forma en que giraba la copa en su mano con un poco más de presión de la necesaria, la manera en que sus ojos pasaban de Matteo a ella con una intensidad contenida, todo lo delataba.

Y Megan saboreó cada segundo.

El plan estaba funcionando. Ella había llegado del brazo de un hombre impecable, atractivo, encantador, que la miraba como si fuera la única persona en la sala. Matteo jugaba su papel con perfección absoluta, como si no le costara en lo más mínimo hacer que toda la mentira pareciera una historia de amor genuina, sin fisuras, sin nada que diera lugar a la duda.

Aunque había un problema.

Megan ya no estaba segura de que fuera solo actuación por parte de ninguno de los dos.

Porque cuando Matteo la miraba, sentía el efecto en la piel. Cuando su brazo la rodeaba, cuando sus dedos se apoyaban en su cintura en ese gesto casual pero firme, cuando la llamaba *chérie* en un tono que bordeaba lo íntimo, algo dentro de ella se descolocaba.

No podía permitírselo.

No aquí, ni ahora. No cuando Maximiliano todavía estaba observando cada uno de sus movimientos con el ojo crítico de un hombre que no estaba acostumbrado a perder el control.

— ¿Nos acompañan a la mesa? —sugirió Penélope con su voz melodiosa, con la seguridad de alguien que está acostumbrado a dirigir el curso de las conversaciones.

Megan le sostuvo la mirada, reconociendo la estrategia. Penélope quería evaluar la situación más de cerca.

Matteo fue quien respondió primero.

—Sería un placer —dijo con una sonrisa de cortesía perfectamente ejecutada, antes de girarse hacia Megan con un destello de diversión en los ojos—. A menos que prefieras seguir siendo el centro de atención en la pista de baile, amor.

Megan no le dio el gusto de reaccionar.

—No te preocupes, sé equilibrar los momentos.

Matteo rio suavemente, como si se divirtiera demasiado con toda la situación. Y probablemente lo hacía.

Se dirigieron a la mesa, un espacio estratégicamente ubicado en el centro del salón, con vista panorámica a toda la gala. Un lugar ideal para ser observados.

Megan sintió la mirada de Maximiliano sobre ella mientras tomaban asiento. La estudiaba. Buscaba grietas en la historia, algo que delatara que esto no era lo que parecía ser.

Pero no encontraría nada.

Megan no estaba dispuesta a darle el gusto.

—Bueno, qué casualidad que hayamos coincidido aquí esta noche —dijo Maximiliano finalmente, con una sonrisa tensa.

— ¿Casualidad? —Intervino Matteo, tomando su copa con total tranquilidad—. Oh, no lo creo.

Maximiliano le dirigió una mirada calculadora.

— ¿Ah, no?

Matteo sonrió, como si supiera un secreto que el resto de la mesa desconocía.

—París es una ciudad que reúne a las personas que deben encontrarse. No me extraña que Megan y yo estemos aquí. Lo que me sorprende es verte a ti.

Maximiliano entornó los ojos apenas, como si intentara medir la intención oculta tras esa frase.

—Mi prometida es patrocinadora de este evento —dijo finalmente.

—Ah, claro, claro —Matteo asintió con aire pensativo—. Entonces tiene sentido.

Megan sintió la tensión crecer entre ellos. Maximiliano no era de los que toleraban no tener el control absoluto de una conversación. Y Matteo, con su actitud relajada, con sus respuestas suaves pero afiladas, lo estaba sacando de su zona de confort.

Pero no fue hasta que Matteo tomó la mano de Megan sobre la mesa y la acarició con el pulgar que Maximiliano cambió sutilmente la expresión. Fue una reacción mínima, un destello de incomodidad que probablemente él mismo no había planeado mostrar. Pero Megan lo vio.

Y Matteo también.

—Es increíble cómo pasa el tiempo —continuó Matteo con absoluta naturalidad—. Cinco años juntos… Y todavía siento lo mismo que el primer día.

Megan tragó saliva. Ese no era el guion. ¡¡Estaba improvisando!!

Matteo la estaba mirando, sus dedos aún sobre su mano, su expresión tan genuina que por un momento le costó recordar que esto era una farsa.

Y Maximiliano lo notó.

Porque en ese instante, él ya no estaba analizando solo a Matteo.

La estaba analizando a ella. La forma en que Megan reaccionaba ante cada toque, cada palabra. La forma en que Matteo la miraba. Y lo más peligroso de todo…

La forma en que ella no apartaba la mano.

—Cinco años es bastante tiempo —comentó Maximiliano, apoyándose en el respaldo de su silla, cruzando los brazos sobre el pecho—. Es curioso que nunca haya oído hablar de ti.

—Oh, pero eso es normal —dijo Matteo con una leve sonrisa—. Megan es muy reservada. Nos

gusta mantener las cosas en privado. ¿Verdad, cariño?

Megan sintió su corazón latir con fuerza.

No podía dudar.

No ahora.

Así que sonrió con naturalidad, sin apartar la mano de Matteo.

—Claro que sí, amor.

Y entonces, Maximiliano apartó la mirada papra que nadie pudiera ver el color de los celos reflejados en sus pupilas.

CAPÍTULO 24 – Naturalidad…

El murmullo de la gala continuaba como un telón de fondo constante: risas falsas, el tintineo de copas, conversaciones entre millonarios que debatían si el mercado estaba mejorando mientras bebían champán de mil euros la botella. Pero en la mesa de Megan, la verdadera batalla se estaba librando en el silencio.

Maximiliano estaba perdiendo el control. Cada vez lo llevaba peor.

Era sutil, por supuesto. No era un hombre que se permitiera el lujo de la reacción inmediata, pero Megan lo conocía demasiado bien. Sabía cómo leerlo. Y lo que veía no era la indiferencia que él pretendía proyectar. No era el aire tranquilo de un hombre completamente seguro de sí mismo. No. Era la tensión de alguien que no estaba acostumbrado a ser sacado de su zona de confort.

Y Matteo lo sabía.

Porque Matteo lo estaba empujando exactamente hacia ese lugar.

— ¿Cuánto tiempo estarán en París? —preguntó Penélope con su sonrisa ensayada, claramente intentando desviar la conversación a terrenos más neutros.

Megan abrió la boca para responder, pero Matteo fue más rápido.

—Todavía no lo sabemos —dijo con ligereza, llevándose la copa de vino a los labios—. Nos estamos dejando llevar por la experiencia. ¿Verdad, amor?

La forma en que Matteo dijo *amor*, con tanta naturalidad, como si realmente hubiera pronunciado esa palabra cientos de veces en su vida con ella, la dejó momentáneamente sin respuesta.

Pero su silencio duró apenas un segundo. Se obligó a recuperar el control y sonrió con la misma facilidad con la que él lo hacía.

—Exactamente. Nos gusta la espontaneidad.

Maximiliano exhaló un breve suspiro, como si estuviera acumulando paciencia.

— ¿Desde cuándo eres de las que se deja llevar, Megan?

Matteo sonrió. Un golpe directo a la mandíbula de Maximiliano.

—Oh, eso es porque no me conociste lo suficiente.

Maximiliano entrecerró los ojos y dejó su copa en la mesa con un leve *clank*, lo suficientemente suave para no parecer brusco, pero lo bastante firme para que Megan entendiera lo que significaba. Estaba molesto.

Matteo no había terminado.

—Creo que nunca llegaste a ver este lado de ella —continuó, sin esfuerzo, como si simplemente estuviera exponiendo un hecho—. Afortunadamente, yo sí.

Megan sintió uno de sus recurrentes escalofríos. No por Maximiliano. Por Matteo.

El tema estaba ardiente y ardiendo, esto ya no se sentía como un simple juego.

El silencio se alargó un segundo más de lo necesario. Maximiliano estaba evaluando. Megan lo veía en sus ojos, en la forma en que apretaba la mandíbula, en la manera en que miraba a Matteo con el escrutinio meticuloso de alguien que intentaba encontrar el punto débil de un oponente. Matteo no tenía grietas.

No le dio espacio. No le permitió recuperar el terreno. En cambio, levantó su copa en un gesto relajado.

—Por nuestra primera noche en París juntos, cariño —dijo, con esa sonrisa que bordeaba lo encantador y lo peligroso.

Y entonces, sin darle oportunidad a dudar, Matteo inclinó la cabeza y la besó.

No fue un beso largo. No fue teatral. Pero sí fue lo suficientemente real para que Megan sintiera cómo su piel se erizaba pidiendo más.

Cuando Matteo se apartó, Megan pudo notar cómo Maximiliano tensaba la mano sobre su copa.

Matteo había ganado la segunda batalla.

Y Megan tenía el terrible presentimiento de que ella también estaba perdiendo.

CAPÍTULO 25 – Algo Te Hace Temblar

Megan sintió el eco del beso de Matteo mucho después de que sus labios se separaran. No debía haber significado nada. Y sin embargo, significó todo. Estaba hecha un flan y el caramelo se le estaba derramando hasta por las orejas.

No fue un beso fingido. No fue un beso para la audiencia. Fue un mensaje claro y directo.

Matteo no solo estaba interpretando su papel. Lo estaba disfrutando. Y Maximiliano lo sabía.

El silencio que siguió en la mesa fue tan espeso que podía cortarse con un cuchillo. Megan vio cómo Maximiliano tensaba la mandíbula, cómo la línea entre su ceja y su sien se volvía un poco más pronunciada, cómo su mano se cerraba levemente sobre la copa de champán antes de relajarla con un control forzado.

Estaba perdiendo la compostura.

Y esa era la mejor victoria que Megan podía haber esperado.

—Qué… adorable —murmuró finalmente Penélope, con su sonrisa de portada de revista.

Maximiliano exhaló y giró la cabeza hacia ella, como si intentara recordar su papel en esta historia. Como si la presencia de Penélope fuera un recordatorio de que él tenía el control, de que esta noche no debería importarle Megan.

Pero le importaba.

Oh, sí. Le estaba importando demasiado.

—Dime, Matteo —dijo Maximiliano, con una calma que Megan supo al instante que era falsa—, ¿a qué te dedicas exactamente?

El golpe era obvio. Un intento de poner a Matteo en aprietos, de encontrar algún defecto en la fachada perfecta que había construido.

Matteo sonrió, completamente imperturbable.

—Oh, varias cosas. Tengo un enfoque bastante amplio de la vida.

Maximiliano entrecerró los ojos.

—Eso suena como una forma elegante de decir que no trabajas.

Megan sintió la ola de satisfacción antes de que Matteo siquiera abriera la boca. Porque Matteo no tenía miedo. Matteo jamás retrocedía.

—Depende de cómo lo veas. Me dedico a las relaciones humanas. A interpretar roles. A entender lo que la gente necesita de mí.

Megan sintió dieciocho corrientazos recorrerle la espalda. Matteo no estaba mintiendo. Estaba diciendo la verdad. Solo que nadie en la mesa tenía idea de a qué se refería realmente.

— ¿Interpretar roles? —repitió Maximiliano, con una ceja enarcada.

Matteo le sostuvo la mirada con una expresión de puro desafío elegante.

—Podría decirse que soy un actor.

Penélope soltó una risa ligera, como si creyera que estaba bromeando, y Megan notó cómo Maximiliano se inclinaba apenas hacia adelante, evaluando cada gesto de Matteo. Pero Matteo no tenía fisuras.

—Bueno —dijo Maximiliano finalmente—, eso explica cómo llevas tan bien todo esto.

— ¿Todo esto? —Matteo apoyó la barbilla en la palma de su mano con una expresión de absoluta diversión.

Maximiliano sonrió, pero había algo más afilado en el gesto.

—Megan. Su mundo. No es un ambiente fácil para alguien que… improvisa.

Megan sintió la provocación en la frase. Pero Matteo ni siquiera parpadeó.

—Oh, no te preocupes —respondió, inclinándose hacia Megan con una sonrisa perezosa—. Estoy más que cómodo con todo lo que Megan tiene para ofrecerme.

Megan sintió cómo el aire en la mesa se cargaba. Ese comentario no tenía que ser escandaloso. Pero lo era.

Matteo no solo lo había dicho como un hombre que defendía su relación. Lo había dicho como un hombre que realmente la disfrutaba.

Y Maximiliano lo sintió.

Porque de pronto, su copa estaba vacía y llamaba al camarero con un gesto rápido.

—Otro.

Megan escondió su sonrisa en el borde de su propia copa. Maximiliano estaba incómodo. Por primera vez en su vida, no estaba en control.

Y Megan estaba disfrutando cada segundo.

Lo que no esperaba era que su propio control también estuviera empezando a resquebrajarse.

Cuando Matteo deslizó su mano sobre la suya bajo la mesa, en un gesto casual y firme, su corazón dio un vuelco, pero no un vuelco así medio de lado, no. Un vuelco de doble salto mortal hacia atrás.

Y no pudo recordar si eso formaba parte del plan o no, ya se estaba mareando.

CAPÍTULO 26 – Te vas A Quemar

El aire en la gala estaba cada vez más cargado, como si la sala entera contuviera la respiración ante lo que fuera a suceder a continuación. Megan sentía que caminaba sobre una cuerda floja, sosteniéndose entre el placer de ver a Maximiliano perder el control y el peligro de que ella misma lo estuviera perdiendo. Matteo no estaba ayudando.

No con su sonrisa perezosa, no con su mano sobre la suya bajo la mesa, no con la manera en que deslizaba su mirada sobre ella como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Porque lo sabía.

Y eso la ponía en desventaja.

— ¿Y qué planes tienen para después de la gala? —preguntó Penélope con su sonrisa educada, mientras movía distraídamente su copa.

Megan abrió la boca para responder algo neutral, pero Matteo decidió hacerlo por ella.

—Oh, nada demasiado interesante —dijo, con esa voz aterciopelada que usaba cuando quería provocar—. Probablemente subamos a nuestra habitación, abramos una botella de vino y celebremos a nuestra manera.

Megan sintió un calor subirle por el cuello. Maximiliano entrecerró los ojos y Penélope sonrió como si acabara de presenciar algo fascinante.

Megan le apretó la pierna a Matteo bajo la mesa en una advertencia silenciosa, él ni se inmutó.

— ¿Celebrar? —dijo Maximiliano, su tono lo suficientemente casual para que cualquiera que no lo conociera no notara la tensión—. ¿Qué celebran exactamente?

Matteo inclinó la cabeza con aire pensativo.

—Muchas cosas. Nuestra relación. Nuestra historia. Lo bien que nos conocemos.

Megan sintió que ese último comentario iba dirigido directamente a ella.

Maximiliano giró la copa en su mano con aire distraído.

—Cinco años juntos, ¿verdad?

—Cada minuto ha sido perfecto.

Megan sintió una punzada en el estómago. ¿Cómo demonios podía decir eso con tanta facilidad?

Y entonces, Matteo decidió hundir aún más la daga.

Se inclinó hacia Megan, con una cercanía peligrosa, con la mano aún sobre su pierna, y le susurró al oído:

—Demuéstraselo.

— ¿Qué?

—Si quieres que lo crea, demuéstraselo.

Megan sintió su pulso acelerarse.

Matteo estaba retándola. Estaba empujándola más allá del guion, más allá de lo que habían ensayado. La estaba obligando a jugar su propio juego.

Y maldita sea si iba a perder.

Así que, con una calma que no sentía, giró el rostro y lo besó.

No un beso rápido. No un beso teatral. Un beso lento, pausado, tan perfectamente ejecutado que sintió a Matteo contener el aliento por un segundo.

Pero solo por un segundo.

Porque cuando él reaccionó, lo hizo de una manera que ella no esperaba.

Matteo la sostuvo por la cintura y profundizó el beso, no estaba fingiendo, quería ganar.

Y lo logró. Cuando Megan abrió los ojos después de separarse, Maximiliano ya no sostenía la copa con la misma calma.

La había apretado tanto que sus nudillos estaban blancos.

CAPÍTULO 27 – No Retorno

El beso había sido una bomba en medio de la gala. No una explosión ruidosa ni escandalosa, sino una que había hecho temblar las bases del suelo en el que todos estaban parados. Megan lo sabía, lo sentía en cada músculo tenso de Maximiliano, en la forma en que su copa se inclinaba ligeramente en su mano sin que él se diera cuenta, en cómo Penélope lo miraba con la curiosidad de una depredadora que había olfateado sangre en el aire.

Pero lo más alarmante de todo era lo que Megan sentía dentro de sí misma. Lo que había hecho no había sido solo por estrategia. Había sido real.

Y Matteo lo sabía.

Seguía con la mano en su cintura, su pulgar deslizándose apenas sobre la tela de su vestido, un toque ínfimo que no debía significar nada, pero que lo significaba todo.

—Disculpen —la voz de Maximiliano rompió el silencio, controlada, medida, pero Megan detectó la rigidez en ella—. Creo que necesito otro trago.

Se levantó con la elegancia automática de quien ha aprendido a no mostrar debilidad, pero su partida fue todo lo que Megan necesitaba para saber que lo habían quebrado.

—Interesante —murmuró Matteo, todavía con su copa en la mano, observando cómo Maximiliano se alejaba con pasos largos y calculados.

Penélope dejó su copa sobre la mesa con un gesto delicado y miró a Megan con una sonrisa felina.

—Vaya, Megan, tengo que decir que esto sí que ha sido una sorpresa.

Megan le sostuvo la mirada sin titubear.

— ¿Por qué? ¿Porque alguien más fue lo suficientemente lista como para no dejarlo ir?

Penélope rio suavemente, aunque Megan notó el destello afilado en su mirada.

—No, querida. Porque jamás pensé que podrías fingir tan bien.

Megan sintió su piel erizarse, pero no dejó que la inseguridad se filtrara en su expresión.

— ¿Y por qué pensarías que es fingido?

Penélope inclinó la cabeza, estudiándola, y luego miró a Matteo con la sonrisa de alguien que ya había llegado a una conclusión.

—Porque él disfruta demasiado el juego.

El comentario era sutil. Pero letal.

Megan sintió cómo Matteo apoyaba la mano con más firmeza en su cintura, como si la sostuviera, como si estuviera asegurándose de que no se desmoronara.

Pero no iba a desmoronarse.

—Bueno, en ese caso —respondió Megan, con una sonrisa impecable—, me alegra estar jugando

con alguien que sabe cómo ganar.

Matteo rio suavemente, su aliento rozando su oído cuando se inclinó apenas.

—Eso fue sexy.

Megan le dio un leve codazo en las costillas, pero no pudo evitar que el calor le recorriera la espalda.

Penélope sonrió una última vez y se levantó con la gracia de quien sabe que no ha ganado esta batalla, pero que no ha abandonado la guerra.

Megan exhaló cuando se alejó, pero Matteo no le dio respiro.

—Ven.

— ¿A dónde?

Matteo no respondió. Solo la tomó de la mano y la arrastró fuera del salón antes de que pudiera protestar.

Salieron al balcón, donde la brisa de París era más fresca y el bullicio de la gala se volvía un murmullo lejano. Megan se giró hacia él con el corazón todavía acelerado.

— ¿Por qué hiciste eso?

Matteo la miró, con esa maldita sonrisa suya.

— ¿Por qué hiciste tú eso?

Megan abrió la boca, pero se detuvo. Porque la respuesta era demasiado peligrosa.

—Porque era parte del plan —dijo finalmente.

—Claro. Parte del plan.

Megan sintió un escalofrío en la piel.

—Deja de mirarme así.

— ¿Cómo?

—Como si supieras algo que yo no sé.

—Oh, chérie… Lo sé.

Matteo dio un paso adelante, invadiendo su espacio personal con la facilidad de alguien que no pide permiso.

—Lo que pasó allí dentro… ¿realmente fue por él?

Megan sintió su pulso dispararse, no estaba segura de la respuesta. Por primera vez desde que este juego había comenzado…

No sabía quién estaba engañando a quién.

CAPÍTULO 28 – Peligrosamente Divertido

París era una ciudad hecha para el romance, pero aquella noche en la gala, era un campo de guerras púnicas disfrazado de glamour.

Megan aún sentía la intensidad del último intercambio con Matteo en el balcón. Sus palabras, sus ojos, la forma en que había borrado la línea entre la mentira y la realidad con un solo movimiento. Todo eso estaba clavado en su piel como una advertencia silenciosa.

Pero no había tiempo para analizarlo. Porque la guerra no había terminado.

Cuando regresaron al salón, Maximiliano ya no estaba en la mesa. Megan lo vio de inmediato, cerca del bar, conversando con un grupo de empresarios con la postura relajada, con su traje perfectamente ajustado, con esa expresión de hombre de negocios que lo hacía parecer completamente en control.

Pero Megan sabía la verdad. Lo estaba perdiendo.

Y entonces, decidió jugar con fuego.

Se giró hacia Matteo y le sonrió con una dulzura calculada.

— ¿Quieres bailar, amor?

Matteo arqueó una ceja, pero su sonrisa no tardó en aparecer.

—Oh, chérie… me encanta cuando decides hacer travesuras.

Le ofreció su mano con la elegancia de quien sabe que acaba de ganar un premio. Megan la tomó y lo arrastró hasta la pista de baile, donde una música suave se extendía por el aire como un susurro embriagador.

Matteo la tomó por la cintura, con un agarre un poco más firme de lo necesario.

—No me mires así —murmuró Megan, con el corazón latiendo demasiado rápido.

— ¿Cómo?

—Como si supieras exactamente lo que estoy haciendo.

—Megan, cariño, lo que más me gusta de ti es que te crees una maestra del engaño… y olvidas que yo soy un profesional.

— ¿Y qué estoy haciendo, según tú?

—Haciendo que Maximiliano se retuerza por dentro.

Megan sonrió triunfalmente.

—Y lo estás disfrutando.

—Muchísimo.

Se deslizaron entre los demás invitados con una fluidez que no tenía derecho a existir. Megan no debería sentirse tan cómoda en sus brazos. No debería notar el calor de su cuerpo, la firmeza de su agarre, la forma en que Matteo se movía con una seguridad irritantemente seductora.

—Esto es peligroso —susurró Matteo de repente, inclinándose hasta que sus labios rozaron su oído.

— ¿Por qué?

—Porque si sigues mirándome así, no me voy a resistir a besarte de verdad.

Megan sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Dios santo.

Se separó apenas, recuperando su compostura. No estaba perdiendo el control. No estaba perdiendo el control. No estaba…

— ¿Les importa si interrumpo?

Megan giró la cabeza y se encontró con Maximiliano.

No estaba sonriendo. No tenía su expresión de superioridad de siempre. Pero había algo en su mirada, en su postura, que decía que estaba al límite de su paciencia.

—Por supuesto que no —dijo Matteo con una facilidad irritante—. Pero no sé si soportará el ritmo.

—Megan —dijo, ignorándolo por completo y extendiendo la mano hacia ella—, ¿bailamos?

Megan sintió su pulso enloquecer. La partida acababa de cambiar.

Porque ahora no solo ella estaba jugando con Maximiliano.

Ahora él también estaba jugando con ella.

Matteo soltó una risa baja, como si todo esto le divirtiera más de lo que debería.

—Adelante, chérie —susurró en su oído—. Veamos qué tan bien juega tu ex.

Y entonces, sin previo aviso, la soltó.

Y Megan, con la piel aun ardiendo por Matteo, puso su mano en la de Maximiliano.

La partida acababa de volverse más peligrosa.

Y ella no tenía idea de quién iba a ganar.

CAPÍTULO 29 – Pasado… es pasado

Megan sintió la presión de la mano de Maximiliano al cerrarse alrededor de la suya. Era una trampa y lo sabía.

Pero era una trampa en la que estaba dispuesta a meterse.

Mientras la guiaba a la pista de baile, Megan sintió la mirada de Matteo perforándole la espalda. No necesitaba girarse para saber que él estaba disfrutando demasiado la escena, con esa sonrisa suya de hombre que sabe que tarde o temprano todo el mundo acaba volviendo a él.

Pero ahora mismo, Megan no tenía cabeza para Matteo.

No cuando tenía a Maximiliano delante, con su postura perfecta, con esa mirada intensa que siempre había tenido la capacidad de hacerle dudar.

La música comenzó. Un ritmo lento, elegante, con el tipo de melodía que transformaba un simple baile en algo peligroso.

Maximiliano la tomó por la cintura y Megan sintió la electricidad en el aire.

Esto no era solo un baile. ¡¡Era la Guerra!!

—Tienes un talento especial para las sorpresas —dijo Maximiliano, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

— ¿Esperabas que me quedara llorando en casa?

Maximiliano dejó escapar una risa baja.

—No. Pero tampoco esperaba esto.

— ¿Esto?

—Esta… farsa.

Megan sintió que su corazón dio un brinco, pero no dejó que su expresión cambiara.

— ¿Farsa?

—Megan, por favor.

Maximiliano giró con ella con un movimiento suave, como si quisieran venderle la imagen de la pareja perfecta a toda la sala. Como si no hubiera sido él quien la había dejado.

— ¿No es curioso? —Murmuró Megan con una sonrisa de ironía—. Porque juraría que la única farsa aquí es la que tú estás viviendo con tu futura esposa.

Maximiliano apretó la mandíbula. Diana en el blanco.

—Penélope es una mujer increíble.

—Por supuesto. Su cuenta bancaria también lo es.

Maximiliano la hizo girar con más fuerza de la necesaria, como si intentara recuperar el control de la conversación a través del movimiento. Pero Megan no iba a dejar que lo hiciera.

— ¿Realmente crees que esto que haces es una victoria? —preguntó Maximiliano en un susurro, con la voz grave, con la mirada atrapándola—. ¿Que estar con él es la forma de superarme?

Megan sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Oh, qué tentador era este juego.

Pero ella no jugaba para perder.

—Oh, Maxi… —susurró, acercando sus labios a su oído lo suficiente para sentir cómo su cuerpo se tensaba—. Estar con Matteo no tiene nada que ver contigo.

Maximiliano exhaló lentamente, como si procesara sus palabras.

—No pareces muy convencida.

Megan sonrió.

—El problema es que tú tampoco lo pareces.

La música siguió envolviéndolos en una burbuja de tensión cada vez más densa, pero Megan no pudo evitarlo más. Sabía que Matteo estaba mirándolos.

Y cuando finalmente levantó la vista para encontrarlo, lo encontró sonriendo.

Diablos.

Matteo no estaba molesto. No estaba celoso. No estaba preocupado. Estaba esperando.

Como si supiera exactamente cómo iba a terminar esto.

Megan sintió un escalofrío. Porque quizá él ya tenía la respuesta que ella no quería admitir.

Y eso era lo más peligroso de todo.

CAPÍTULO 30 – Intensidad…

Megan no recordaba haber tenido un baile más peligroso en su vida. No por los pasos, no por la música, sino porque cada movimiento con Maximiliano era un juego de alto voltaje.

Aunque lo que realmente la inquietaba era que, cuando la canción terminó y Maximiliano la soltó con un susurro de su nombre en los labios, ella no sintió alivio.

Porque en el instante en que se giró, Matteo ya estaba allí.

Mirándola con la intensidad de un hombre que había decidido que era su turno de jugar.

—Divertido baile, chérie —dijo con esa voz aterciopelada, pero su sonrisa no llegó a sus ojos.

Demonios.

—Solo fue un baile —intentó decir con indiferencia.

—Oh, por supuesto —asintió Matteo, inclinando la cabeza con un gesto que parecía una caricia disfrazada de amenaza—. Pero dime algo, ¿estuvo a la altura?

— ¿A la altura de qué?

Matteo sonrió, pero esta vez su sonrisa era peligrosa.

—De lo que realmente quieres.

Megan sintió que su corazón se detenía un segundo.

No tuvo tiempo de procesarlo, Matteo no le dio oportunidad.

—Ven aquí —dijo, con una firmeza que no permitía discusión.

Megan abrió la boca para protestar, para decirle que no podía simplemente ordenarle cosas así en medio de una gala, pero Matteo ya había acortado la distancia, y antes de que pudiera reaccionar, su brazo rodeó su cintura y la besó.

Pero esta vez no fue una actuación. No fue por Maximiliano. No fue por el plan.

Fue por él. Y por ella.

Megan sintió cómo su piel se encendía, cómo su cuerpo reaccionaba antes de que su mente pudiera frenarlo. Porque Matteo no solo la estaba besando.

La estaba reclamando.

La sala entera pareció quedarse en silencio.

Sabía que Maximiliano los estaba viendo. Sabía que esto era el final del juego.

Cuando Matteo la sujetó con más fuerza, cuando su boca se movió contra la suya con una mezcla de furia, deseo y algo más profundo, Megan se dio cuenta de que ya no le importaba el juego.

Ella también estaba perdida.

Y Matteo lo sabía.

CAPÍTULO 31 – No Puede ser Ignorado

El beso de Matteo seguía ardiendo en la piel de Megan mucho después de que sus labios se separaron. No podía moverse, no podía respirar con normalidad, no podía hacer nada más que mirarlo y darse cuenta de que la mentira había muerto allí mismo, en medio de la gala.

Matteo lo sabía.

Lo vio en la forma en que su pecho subía y bajaba con respiraciones entrecortadas, en la manera en que sus pupilas seguían dilatadas, en el leve temblor de su mano cuando intentó alejarse y él no se lo permitió.

—Vámonos —susurró contra su oído, su aliento cálido deslizándose por su cuello como una promesa peligrosa.

Megan parpadeó, sin saber si había imaginado sus palabras.

— ¿Qué?

Matteo no repitió la pregunta. No hacía falta. Sus ojos hablaban por él.

No había más actuaciones, no había más juegos.

Solo quedaban ellos.Megan no tenía la menor intención de huir.

El aire nocturno de París les envolvió al salir del salón de la gala. La ciudad brillaba, pero no tanto como Matteo cuando la miró al entrar en el ascensor.

El silencio entre ellos era ensordecedor, denso, cargado de algo que ninguno de los dos intentó frenar esta vez. Megan sintió cómo Matteo la estudiaba en el reflejo de las puertas doradas, cómo su mano descansaba en su cintura de forma distraída, pero con una firmeza que decía todo lo que no estaba diciendo en voz alta.

Cuando las puertas se cerraron, fue Matteo quien se movió primero.

La empujó suavemente contra la pared, su cuerpo alineándose con el de ella con una precisión inquietante. No había espacio, no había escapatoria, solo había calor.

—Dímelo —susurró Matteo, con la voz más grave de lo habitual.

— ¿Decirte qué?

Matteo deslizó la punta de su nariz por su mejilla en una caricia lenta, tortuosa.

—Que no quieres esto.

Megan sintió cómo su cuerpo traicionaba cualquier excusa que pudiera inventar. Porque sí lo quería.

Lo quería demasiado.

Matteo la tomó por la mandíbula y la obligó a mirarlo. Sus ojos eran una advertencia y una súplica al mismo tiempo.

—Dilo, Megan. Porque si no lo dices ahora, no pienso detenerme.

Megan entreabrió los labios, pero ninguna palabra salió de ellos.

Matteo esperó. Pero no por mucho tiempo.

Porque cuando Megan finalmente se rindió y lo besó primero, Matteo dejó de jugar.

Y en ese momento, la mentira dejó de existir.

CAPÍTULO 32 – Sin Vuelta Atrás

Megan sintió la calidez de la espalda de Matteo contra la pared del ascensor, su aliento entrecortado chocando con el suyo, la presión de su cuerpo alineado con el suyo de una forma que ya no tenía nada que ver con la mentira.

No era una actuación. Esto era real. ¡¡Dios!!

Por primera vez desde que habían comenzado esta locura, no quiso detenerlo. ¡Qué diablos! ¡No podía detenerlo!

El *ding* del ascensor sonó cuando llegaron a su piso, pero ninguno de los dos se movió al instante. Matteo tenía las manos apoyadas a cada lado de su cabeza, su cuerpo aún pegado al de ella, su mirada baja y oscura, fija en sus labios como si intentara memorizar cada centímetro antes de volver a tomarlos.

Cuando las puertas se abrieron, Megan apenas tuvo tiempo de dar un paso antes de que Matteo la tomara de la muñeca y la arrastrara hacia la habitación con una determinación que le quitó el aire.

El pasillo se sintió demasiado largo. La habitación demasiado lejos.

Cuando Matteo empujó la puerta, cuando la cerró con un movimiento rápido y la espalda de Megan chocó contra ella, supo que ya no importaba dónde estaban.

Matteo deslizó sus manos por sus brazos, subiéndolas lentamente hasta entrelazar sus dedos con los de ella sobre su cabeza.

—Dime que deje de hacerlo —susurró contra su piel, besando su clavícula con una lentitud que la hizo temblar.

Megan cerró los ojos con fuerza.

—No.

Matteo sonrió contra su piel.

—Bien.

El primer beso fue lento, como si quisiera que sintiera cada punto de contacto, cada roce, cada segundo que había contenido el deseo hasta este momento. Pero pronto, el control se rompió.

Matteo la levantó en brazos con una facilidad insultante, llevándola hasta la cama sin apartar su boca de la suya. Megan sintió la suavidad de las sábanas contra su piel y el peso de Matteo sobre ella, pero lo único que realmente registró fue el calor.

Matteo era fuego, locura desatada.

Y ella quería quemarse con él.

—Voy a hacerte olvidar que esto alguna vez fue una mentira —susurró contra su oído, con esa voz suya que bordeaba la amenaza y la promesa.

Megan lo miró directamente a los ojos y, con una sonrisa peligrosa, se rindió.

CAPÍTULO 33 – Buenos Días…

El amanecer de París se filtraba por las cortinas, tiñendo la habitación de un resplandor dorado que no tenía nada que ver con la luz y todo con el cuerpo cálido y fuerte que aún permanecía junto al suyo.

Megan abrió los ojos lentamente, sintiendo la presión de un brazo sobre su cintura, el peso de la realidad deslizándose sobre ella con la misma intensidad con la que la noche anterior Matteo se había deslizado sobre su piel.

No fue un error, ni desliz, ni mentira.

Fue Matteo, con sus labios en su cuello, con sus manos recorriéndola como si la hubiera estado buscando toda su vida y la hubiera encontrado en el único lugar donde no debía estar.

Megan giró la cabeza en la almohada y lo encontró despierto, con esa sonrisa satisfecha que decía absolutamente todo.

—Buenos días, chérie —murmuró con voz ronca, deslizando la yema de sus dedos por la curva de su cadera, como si no tuviera ninguna intención de dejarla ir todavía.

Megan lo miró fijamente.

—Esto no cambia nada.

Matteo rio suavemente y, con un movimiento lento y perezoso, se inclinó hasta que sus labios rozaron su clavícula.

—Por supuesto que no.

Pero su voz decía lo contrario.

Y cuando sus labios descendieron por su piel con la misma intensidad con la que la había devorado la noche anterior, Megan se dio cuenta de que no había escapatoria.

Matteo ya no era parte del plan, era su punto de quiebre.

CAPÍTULO 34 – Negando que es Gerundio

Megan tenía una extraña sensación de peso en el cuerpo. Con el placer en la piel después de haber sido explorado hasta el límite.

La luz de la mañana iluminaba la piel desnuda de su hombro. Un hombro que, hasta hace unas horas, había sido mordido, besado y reclamado por el hombre que aún dormía a su lado.

Matteo. Santo cielo. Era el mejor amante que había tenido jamás. Estuvo pendiente de besar cada detalle de su cuerpo. De hablarle con dulzura y picardía.

Cerró los ojos y tomó aire, como si eso pudiera borrar la memoria de la noche anterior. Pero no podía.

Todo seguía ahí. Las manos deslizándose por su piel, los susurros oscuros en su oído, el peso de su cuerpo atrapándola contra las sábanas mientras la hacía olvidar por completo su propio nombre.

Se removió con cuidado, intentando deslizarse fuera de la cama sin despertarlo. Pero antes de que pudiera siquiera poner un pie en el suelo, un brazo fuerte la rodeó por la cintura y la arrastró de nuevo al colchón.

— ¿Y a dónde crees que vas?

Su voz estaba aún áspera por el sueño, ronca de la manera más devastadora posible.

Megan sintió un escalofrío recorrerle la piel. Maldición.

—A ducharme —murmuró, sin atreverse a girarse.

Matteo deslizó la punta de su nariz por su cuello y Megan sintió su sonrisa contra su piel.

—Oh, chérie, qué insensible eres…

— ¿Insensible?

Matteo la giró con una facilidad insultante y la atrapó bajo su cuerpo. Completamente desnudo. Completamente despierto. Megan tragó saliva. ¿Cómo podía este hombre hacer que todo su cerebro se apagara con solo mirarla así?

—Anoche hicimos muchas cosas —dijo Matteo, con su aliento cálido chocando contra sus labios —. Pero creo que hay un par que podríamos repetir.

Megan intentó recuperar el control de la situación. Fracaso absoluto.

—No tenemos tiempo para esto.

—Oh, créeme, tengo todo el tiempo del mundo para ti.

—Matteo…

—Dime, amor —susurró, deslizando los labios por la curva de su mandíbula, haciéndole imposible pensar con claridad—. ¿Todavía piensas que esto no cambia nada?

Megan cerró los ojos con fuerza. Porque claro que lo cambiaba.

Porque ahora, cuando Matteo la tocaba, no estaba actuando.

Y lo peor de todo era que ella tampoco.

Y ESO ERA EL VERDADERO PELIGRO.

CAPÍTULO 35 – Un Desnudo y Un Café

Megan llevaba exactamente diecisiete minutos fingiendo que estaba completamente bien, que la noche anterior no había desmoronado toda su estrategia, y que no sentía la piel aun ardiendo por cada lugar donde Matteo la había tocado.

Fingía tan bien que casi se convenció a sí misma.

Hasta que Matteo entró en la suite con una taza de café en la mano, desnudo de cintura para arriba, con el cabello revuelto y la expresión de un hombre que no tenía prisa por recuperar su ropa.

Megan sintió que su cerebro colapsaba. Otra vez.

—Tienes que ponerte algo de ropa —soltó, con la voz más firme que pudo reunir.

Matteo le dio un sorbo a su café y la miró con la arrogancia relajada de quien sabe perfectamente lo que está haciendo.

— ¿Para qué? Me parece que te gusta así.

— ¿Perdón?

Matteo caminó despacio hasta quedar frente a ella, inclinándose lo suficiente para dejar la taza sobre la mesa, demasiado cerca, demasiado Matteo, demasiado todo.

—Digo que podrías ser un poco más honesta, chérie —susurró, con esa maldita voz suya que tenía el descaro de sonar perezosa y devastadora al mismo tiempo—. No me mires como si estuvieras pensando en todas las formas en las que podrías escaparte… cuando lo único en lo que realmente piensas es en arrastrarme de vuelta a la cama.

Megan sintió su dignidad tambalearse peligrosamente.

Se cruzó de brazos, con la barbilla en alto, tratando de recuperar su maldita compostura.

—Tienes un problema grave de ego.

Matteo sonrió.

—Puede ser. Pero dime, amor… ¿quieres comprobar si tengo razón?

Megan estaba a dos segundos de rendirse y hacerlo.

Pero entonces sonó su teléfono. Y todo cambió.

Porque el nombre en la pantalla no era otro que Maximiliano.

Matteo lo vio antes de que ella pudiera ocultarlo.

Su expresión cambió, solo un poco, lo suficiente para que Megan supiera que esto era un problema.

—Qué interesante —dijo Matteo con calma, apartándose apenas—. No sabía que las ex parejas todavía llamaban después de ver a su exnovia besando a otro hombre en medio de una gala.

Megan le lanzó una mirada de advertencia antes de contestar.

— ¿Maximiliano?

—Tenemos que hablar.

Su tono era bajo, grave, demasiado controlado.

Megan sintió una tensión recorrerle la espalda.

— ¿Sobre qué?

—No juegues conmigo, Megan. Nos vemos en media hora.

Y colgó.

Megan se quedó con el teléfono en la mano, sintiendo que el aire en la habitación se volvía pesado.

Cuando levantó la mirada, Matteo la observaba con los brazos cruzados, su sonrisa había desaparecido, pero sus ojos estaban ardiendo.

—Así que ahora quiere hablar.

—No es lo que piensas.

Matteo sonrió con ironía.

—Oh, amor, dime exactamente qué es lo que pienso.

Megan abrió la boca, pero no encontró respuesta. Porque Matteo tenía razón.

Maximiliano no la buscaba sin motivo, eso era un problema.

Después de lo que había pasado la noche anterior, después de haber probado lo que era estar con Matteo sin mentiras, sin barreras, sin escape…

No estaba segura de qué quería decirle a Maximiliano.

Pero había algo de lo que sí estaba segura.

Cuando Matteo la tomó del mentón y la obligó a sostenerle la mirada, con ese destello oscuro en los ojos, con la mandíbula tensa y su tono de voz más grave de lo necesario, Megan supo que él no iba a retroceder.

—Haz lo que tengas que hacer —susurró, con la voz peligrosamente baja—. Pero recuerda algo, chérie… Yo no juego a perder.

Y por primera vez en toda esta historia, Megan no estaba segura de quién iba a salir ileso de esta guerra.

CAPÍTULO 36 – Una Verdad Inconfesable

El restaurante donde Megan debía encontrarse con Maximiliano tenía el tipo de lujo contenido que usaban los hombres como él: no demasiado ostentoso, pero lo suficientemente exclusivo para recordarle a cualquiera que no pertenecía allí.

Cuando entró, lo vio sentado en una mesa privada, con la espalda recta, el reloj de diseñador asomando bajo la manga de su traje perfectamente planchado y la mirada afilada de un hombre que nunca perdía.

Excepto que esta vez, había perdido.

Megan inspiró hondo y avanzó con la seguridad de una mujer que ya no tenía miedo.

—Maximiliano.

Él se levantó con una sonrisa calculada, inclinándose ligeramente para besarle la mejilla. Megan no se movió.

—Megan. Siempre tan puntual.

Se sentó frente a él, cruzando las piernas, sosteniéndole la mirada.

—Siempre tan dramático.

Maximiliano sonrió, pero Megan vio la tensión en la línea de su mandíbula. No le gustaba este juego. No cuando él no tenía el control.

— ¿Cómo estás? —preguntó, con la voz perfectamente modulada, como si estuviera a punto de hablar de negocios y no de su fallida relación.

—Espléndidamente.

La sonrisa de Maximiliano se curvó apenas, con ese destello peligroso de quien no cree en lo que acaba de escuchar.

—Sí. Puedo verlo —dijo, apoyándose en la silla—. Matteo Moreau, ¿verdad?

Megan sintió el frío tono de su voz, pero no permitió que eso la afectara.

— ¿Te ha costado mucho buscar su nombre en Google?

—Oh, no ha sido necesario. Ya sé quién es.

— ¿Ah, sí?

Maximiliano giró su copa de vino entre los dedos, con la paciencia de un hombre que estaba a punto de lanzar su última jugada.

—Por supuesto. Verás, los hombres como Matteo no son difíciles de descifrar. Hacen lo que sea por dinero.

Megan sintió la punzada de rabia antes de poder detenerla.

—Qué interesante —respondió, con una sonrisa gélida—. Porque los hombres como tú hacen lo que sea por poder.

Maximiliano se inclinó hacia ella, sus ojos fijos en los suyos.

—No te confundas, Megan. Esto no es sobre mí. Es sobre ti. Sobre cómo has decidido hundirte en una fantasía ridícula con un hombre que no está a tu nivel.

Megan exhaló lentamente, sintiendo el ardor en la piel, sintiendo la certeza absoluta de que Matteo tenía razón.

— ¿Y qué se supone que debo hacer, Maximiliano? ¿Llorar? ¿Suplicarte que me devuelvas a tu perfecta y aburrida vida?

Maximiliano sostuvo su copa en el aire, como si estuviera calculando la respuesta.

—No. Solo quiero que abras los ojos antes de que sea demasiado tarde.

Megan sintió la advertencia en su voz, la frialdad en sus gestos. Él no estaba aquí porque la quería de vuelta.

Estaba aquí porque no soportaba haberla perdido.

Y en ese momento, Megan lo entendió todo.

—No se trata de mí, ¿verdad? —murmuró, con una sonrisa lenta, con el placer retorcido de una verdad revelada—. Se trata de que no puedes aceptar que ya no me importas.

—Megan…

—No —lo interrumpió ella, levantándose con una calma devastadora—. Esto es lo que va a pasar. Vas a olvidarte de mí. Vas a seguir con tu vida perfectamente planeada. Y yo, por primera vez, voy a hacer lo que quiero.

La miró con un destello helado en los ojos.

— ¿Y qué es lo que quieres?

Megan sonrió, con la certeza absoluta de que esta vez, había ganado.

—Matteo.

Y salió del restaurante sin mirar atrás.

Megan llegó al hotel con el pulso acelerado.

Subió al ascensor con la respiración entrecortada, con la adrenalina corriendo por su cuerpo. No tenía dudas.

Mientras más intentaba Maximiliano hacerle ver que Matteo no era suficiente, más se daba cuenta de que Matteo era lo único real y valioso que tenía en este momento.

Cuando entró en la habitación, Matteo estaba recostado en el sofá, con una copa de vino en la mano, sin camisa, con la expresión de un hombre que la estaba esperando.

Megan sintió el impacto en el estómago.

— ¿Y bien? —preguntó Matteo con calma, sin levantarse, sin quitarle los ojos de encima.

Megan cerró la puerta y avanzó hasta quedar frente a él.

—Le dije que te quiero.

Matteo sonrió con lentitud.

— ¿Ah, sí?

Megan se inclinó sobre él, apoyando las manos en el respaldo del sofá, atrapándolo entre sus brazos.

—Sí. Así que haz algo al respecto.

Matteo dejó su copa en la mesa, la sujetó por la cintura y la arrastró sobre su cuerpo.

—Oh, amor… Créeme que lo haré.

Y esa noche, Megan dejó de pelear con lo inevitable.

CAPÍTULO 37 – No me Puedes Negar

París ardía en la noche, pero no tanto como ellos.

Megan aún podía sentir el peso de las palabras que le había dicho a Matteo en la habitación. Le había dado la última carta. La definitiva. Y él la había tomado sin titubear.

Ahora, en la suavidad de la cama del hotel, entre las sábanas que olían a su piel, Matteo la miraba con el mismo fuego con el que la había besado la primera vez.

Pero esta vez, no había prisa.

No era un beso desesperado de quien busca convencer. Era el beso de quien ya no necesita pruebas.

Megan sintió la calidez de sus manos deslizándose por su cuerpo, explorándola con la precisión de un hombre que quería hacer que cada centímetro de su piel recordara su nombre.

—Mírame —susurró Matteo contra sus labios, y Megan obedeció, encontrando sus ojos oscuros fijos en los suyos.

No había risas esta vez. No había juegos.

Solo estaban ellos.

Matteo descendió lentamente por su cuello, dejando besos que la hicieron arquear la espalda. Su boca era fuego. Sus manos eran promesas. Y cuando la atrapó entre su cuerpo y las sábanas, Megan entendió que no iba a dejarla escapar esta vez.

—Voy a hacer que nunca lo olvides —murmuró contra su piel, con la voz grave, con los labios descendiendo por su abdomen como si fueran un rezo.

Megan cerró los ojos y se dejó llevar. Esta vez, no había dudas.

Era amor. Pasión.

Era Matteo en todo su esplendor.

CAPÍTULO 38 – Eres Diferente

París era distinto después de una noche como aquella. Todo se precipitaba con fuerza.

Megan abrió los ojos lentamente, sintiendo la calidez de otro cuerpo contra el suyo, el peso de un brazo rodeando su cintura, el ritmo pausado de una respiración que no era la suya.

Matteo.

El recuerdo de la noche anterior golpeó su cuerpo antes que su mente: el roce de su piel contra la suya, la forma en que la había sostenido como si tuviera miedo de que desapareciera, la manera en que la había hecho temblar, suspirar, perderse.

Había sido diferente.

Matteo se removió a su lado, su mano deslizándose lentamente por su abdomen en un gesto perezoso pero devastador. Megan sintió el escalofrío recorrerle la espalda cuando sus labios rozaron su cuello con la facilidad de quien ya conoce cada curva de su cuerpo.

—Buenos días, amor —murmuró contra su piel, con la voz aún áspera por el sueño.

Megan se quedó en silencio por un segundo, intentando recuperar algo de dignidad. Fracaso absoluto.

Porque Matteo no le estaba dejando espacio para la distancia.

La estaba tocando como si la noche anterior no hubiera terminado.

Como si todavía tuviera cosas que enseñarle.

Megan se giró en la cama y se encontró con esa maldita sonrisa.

—Deja de mirarme así.

Matteo arqueó una ceja.

— ¿Cómo?

—Como si… como si ya hubieras ganado.

Matteo soltó una risa grave y se incorporó lentamente, arrastrando sus dedos por su espalda en un toque que era absolutamente ilegal.

—Cariño, yo gané desde el primer beso.

—Arrogante.

Matteo se inclinó sobre ella, atrapándola entre su cuerpo y el colchón.

— ¿Sí? ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Oh, maldita sea.

Tenía una respuesta. Matteo se la robó antes de que pudiera decirla.

Su boca descendió sobre la suya con la facilidad de quien ya no tiene que pedir permiso, con la pereza deliciosa de un hombre que podría pasar el resto del día devorándola sin remordimientos.

Y Megan, esta vez, no opuso resistencia.

Lo único que quedaba ahora era lo que realmente sentían.

CAPÍTULO 39 – Puede ser que…

Las sábanas revueltas, la ropa abandonada en el suelo, el cuerpo de Matteo aún pegado al suyo, como si el mundo fuera un lugar al que no quería regresar.

Megan estaba despierta, pero no se movió.

Porque si se movía, tendría que enfrentarse a la verdad.

¡Qué pasaría ahora?

Matteo, con su brazo rodeando su cintura, con su respiración tibia en su cuello, con su piel caliente contra la suya en un roce que ya no tenía la excusa del alcohol, del impulso o de la venganza.

Megan cerró los ojos y suspiró. ¿En qué momento había perdido el control? Él ya estaba despierto.

Su mano comenzó a moverse con una lentitud peligrosa, trazando el contorno de su espalda con la facilidad de quien ya conoce cada rincón de su cuerpo.

—Buenos días, chérie —murmuró con esa voz suya, grave, dormida, devastadora.

Megan se removió ligeramente, pero Matteo no la dejó alejarse.

—No huyas.

—No estoy huyendo.

Matteo deslizó su nariz por su hombro desnudo y Megan sintió que el aire en la habitación se volvía más denso.

—Oh, cariño… lo haces desde que abriste los ojos.

—No empieces.

— ¿No empiece qué?

Matteo la giró sobre la cama con facilidad, hasta que quedó debajo de él. La miró con una intensidad que hizo que su estómago se encogiera.

—Esto. Tú y yo.

Megan sintió su corazón latir con fuerza.

—No compliques las cosas.

Matteo sonrió lentamente, pero esta vez no era una sonrisa burlona.

— ¿Quieres que siga fingiendo que esto es solo diversión?

Megan abrió la boca, pero Matteo la calló con un beso. Un beso lento, profundo, sin prisa.

Un beso que no tenía nada de mentira.

Y cuando sus labios descendieron por su cuello, cuando su cuerpo se alineó con el suyo en un roce lento y tortuoso, Megan supo que ya no había escapatoria.

Matteo no solo la estaba besando, la estaba reclamando.

Y ella lo estaba dejando.

CAPÍTULO 40 – Sin Escape

Megan aún sentía los labios de Matteo sobre su piel, su aliento tibio en su cuello, el peso de su cuerpo alineado con el suyo en una cercanía que ya no tenía excusas.

No cuando él la miraba así.

No cuando la tocaba como si estuviera memorizándola.

No cuando, en lugar de soltarla, la mantenía atrapada entre sus brazos, como si tuviera miedo de que se esfumara.

Matteo deslizó la punta de sus dedos por la curva de su espalda, con la misma lentitud con la que había recorrido cada parte de su cuerpo la noche anterior. Megan sintió el escalofrío recorrerle la piel.

—Estás demasiado callada —murmuró Matteo, con la voz aún áspera por el sueño.

— ¿Desde cuándo soy tu entretenimiento matutino?

Matteo sonrió.

—Oh, chérie, eres mi entretenimiento a todas horas.

Megan intentó no reaccionar, pero era difícil hacerlo cuando él se inclinaba así, con el cabello revuelto, con la mirada cargada de deseo y algo más peligroso.

Algo que no estaba lista para nombrar.

Intentó moverse, pero Matteo fue más rápido.

La sujetó por la cintura y la atrapó debajo de él, pegándola contra las sábanas con la facilidad de quien ya sabe exactamente lo que hace temblar su cuerpo.

—No huyas —susurró contra su boca.

Megan sintió que el aire en la habitación se volvía más denso.

—No estoy huyendo.

—Sí lo estás —Matteo bajó por su cuello, dejando un beso lento, pausado, como si la estuviera castigando por siquiera intentarlo.

Megan apretó los ojos. Maldita sea.

—Matteo…

Él la miró con intensidad, con una certeza absoluta en los ojos.

—Dímelo.

— ¿Decirte qué?

Matteo deslizó una mano por su muslo, despacio, rozando su piel con una ternura devastadora.

—Que no me quieres.

Megan sintió que el corazón le golpeaba el pecho, o podía decirlo, sería la mentira más grande que hubiera dicho jamás.

Matteo sonrió con lentitud, como si ya supiera la respuesta.

Y cuando sus labios volvieron a buscar los suyos, Megan se rindió. En algún momento tendría que regresar a sus vidas. Pero ella no se veía capaz de pensar en nada.

CAPÍTULO 41 – Sin Escape

Perdieron la noción del tiempo, de los días y sus noches, todo parecía un sueño imposible, y sin embargo estaba pasando. Su respiración era tranquila, profunda, completamente en paz. Como si su mundo estuviera exactamente donde debía estar. Como si no le importara el desastre que había dejado en ella.

Megan se removió con cuidado, intentando separarse sin despertarlo. Pero en cuanto movió un solo músculo, el brazo de Matteo se cerró con más fuerza alrededor de su cintura.

—Ni se te ocurra.

Su voz era ronca, cargada de sueño y deseo, y le hizo arder cada rincón del cuerpo.

—Matteo…

Él sonrió sin abrir los ojos y la atrajo más contra él, pegándola completamente a su cuerpo desnudo.

— ¿Sabes qué me encanta de ti, chérie?

Megan intentó ignorar la forma en que su piel reaccionó ante esas palabras.

—Dios, no. Pero seguro que lo vas a decir.

Matteo deslizó los labios por su cuello y Megan sintió que su cuerpo entraba en llamas.

—Que eres una mentirosa terrible.

Megan frunció el ceño, pero él no le dio oportunidad de responder, su boca ya estaba en la suya. Matteo besaba como un hombre que no estaba dispuesto a soltarla, cuando se movió sobre ella, lento, seguro, devorándola sin ninguna prisa, Megan supo que ya no podía escapar, y desde luego, no estaba dispuesta a hacerlo. Inmersos en una prisión de sábanas que no les dejaban escapar de aquella cárcel de amor.

CAPÍTULO 42 – El Pasado que no pasa

La invitación llegó con un mensajero.

Un sobre grueso, de papel caro, con letras doradas que brillaban demasiado.

Como si Maximiliano hubiera querido asegurarse de que cada centímetro de su ego quedara impreso en la maldita tarjeta.

BODA DE MAXIMILIANO DUMAS Y PENÉLOPE WINTERS

Hotel Ritz, París
Cena de gala. Etiqueta rigurosa.

Lo peor era la nota que venía con la invitación.

"Espero que vengas. Algunos lazos no se cortan tan fácilmente. M."

Megan leyó la frase tres veces.

Y luego, la risa estalló en su garganta.

— ¿De qué te ríes? —preguntó Matteo, observándola desde el sofá con una ceja arqueada.

Megan dejó caer la invitación sobre la mesa con una elegancia que no reflejaba las ganas que tenía de prenderle fuego.

—Maximiliano nos ha invitado a su boda.

Matteo parpadeó.

—Bueno, eso es incómodo.

—No es una invitación. Es un mensaje.

Matteo tomó el sobre, lo inspeccionó y sonrió con diversión.

—Oh, sí. Esto grita "te gané".

Megan sintió una punzada de rabia.

Porque Maximiliano creía que esto era un juego.

Que podía exhibir su “triunfo” como si Megan fuera una fase que ya había superado.

Pero no lo entendía. No entendía que Megan ya no era la misma mujer a la que dejó atrás.

—No voy —dijo Megan, con una firmeza que incluso la sorprendió.

Matteo la miró con la cabeza ladeada.

— ¿No quieres verlo tragarse su orgullo?

—No necesito verlo —respondió Megan—. Ya lo sé.

Matteo sonrió.

—Oh, chérie. Qué sexy es la evolución emocional.

Megan rodó los ojos, pero Matteo ya se había levantado del sofá y ahora estaba justo frente a ella, observándola con esa mirada perezosa, pero afilada como una navaja.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad?

— ¿Qué cosa?

—Que esto se acabó.

Nunca había puesto esas palabras en su cabeza.

Porque hasta ahora, todo era un juego. Un plan. Un teatro. Una mentira con una fecha de caducidad.

Y ahora…

Ahora Matteo estaba diciéndole que el final estaba aquí.

— ¿Tienes miedo? —preguntó él, en un susurro.

Megan sintió el aire escapársele de los pulmones.

— ¿De qué?

—De que no quieras que esto termine.

Megan abrió la boca, pero no tenía respuesta.

Porque Matteo había dicho exactamente lo que ella no quería admitir.

Y entonces, sin previo aviso, Matteo tomó su rostro entre las manos y la besó.

No con la urgencia de otras veces, ni con la arrogancia de alguien que sabía que la estaba volviendo loca.

No.

La besó como un hombre que estaba dejando algo claro.

Y cuando se separó apenas unos centímetros, con la respiración entrecortada y la mirada clavada en la suya, Megan lo supo.

No iba a ir a ese maldito matrimonio, a seguirle el juego a Maximiliano. Tampoco pensaba fingir que todo esto no significaba nada.

CAPÍTULO 43 – Inevitable

La habitación del hotel estaba en completo silencio.

Solo la respiración entrecortada de Megan rompía la calma, el aire aún denso con los rastros de todo lo que había pasado entre ellos. De todo lo que no podían deshacer.

Matteo estaba apoyado contra la cabecera, con el torso desnudo, una mano descansando en su abdomen y la otra sosteniendo un cigarro que aún no había encendido. Una maldita postal de pecado.

Pero lo que realmente la mataba era cómo la estaba mirando. Como si lo supiera. Como si siempre lo hubiera sabido.

Megan inhaló hondo y se sentó, aferrándose a la sábana como si fuera un escudo, como si el contacto con la tela pudiera evitar lo inevitable.

Matteo no le iba a dar esa opción.

—Estás asustada.

Megan giró la cabeza, frunciendo el ceño.

— ¿Qué?

Matteo sonrió despacio, con la certeza de quien ya ha ganado la guerra.

—Me escuchaste.

¡Maldita sea, tenía razón!

Matteo era lo que la inquietaba. Era todo lo que significaba.

Él bajó la mirada a su cigarro, girándolo entre los dedos con la tranquilidad de quien no tiene prisa. Pero sus palabras fueron otra historia.

—Dime, chérie… ¿qué te asusta más? ¿Que Maximiliano aún piense que puede hacerte dudar?

Levantó la mirada, atrapándola sin piedad.

— ¿O que en el fondo sepas que él ya no es el problema?

Megan sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Matteo dejó el cigarro en la mesita, se inclinó sobre ella y deslizó los dedos por la sábana que aún sostenía con fuerza.

—Déjala ir.

Megan entrecerró los ojos.

— ¿Qué?

Matteo bajó la voz, arrastrando la yema de los dedos por su brazo, lento, provocador, un movimiento de tortura calculada.

—La sábana. Déjala ir.

— ¿Por qué?

Matteo se inclinó hasta rozar su oído, con una sonrisa que podía hacer que cualquier mujer olvidara su propio nombre.

—Porque quiero verte sin barreras.

Megan sintió que su autocontrol se resquebrajaba.

Matteo hablaba de todo lo que ella seguía intentando esconder.

Megan lo miró, lo desafió con la mirada, con la respiración agitada, con la certeza que imprime el amor.

Y cuando dejó caer la sábana, se rindió por completo por enésima vez. Eran dos cuerpos hambrientos en un banquete sin fin.

CAPÍTULO 44 – Seguimos en el Juego

La boda de Maximiliano y Penélope prometía ser un fiestón.

Las columnas de mármol blanco brillaban bajo las luces estratégicamente colocadas, más lámparas de araña, parecía que esta gente rica eran fanáticos de la “aracnofilia sin fronteras”, los camareros flotaban por el lugar con bandejas de champán carísimo y cada invitado parecía haber salido de la portada de una revista.

Y allí, en el centro de todo, estaba él.

Maximiliano. Sonriente. Relajado. Con la mano perfectamente colocada sobre la espalda de Penélope, luciendo como el hombre que lo tenía todo bajo control.

Megan sintió la punzada de rabia antes de poder detenerla, sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Sabía que esta era un mensaje.

Un mensaje para ella.

Un recordatorio de que Maximiliano siempre ganaba. Porque se sentía un puto triunfador de los bosques.

Pero esta vez, se iba a equivocar.

Ahora Megan no estaba sola.

Y cuando Matteo apareció a su lado, con su traje perfectamente ajustado, con esa maldita sonrisa suya que desafiaba todas las reglas del buen comportamiento, supo que la guerra acababa de empezar.

—Esto va a ser divertido —susurró Matteo en su oído, con la voz cargada de travesura.

Megan soltó el aire lentamente.

—Si por "divertido" te refieres a un circo de egos, entonces sí.

Matteo sonrió y deslizó su brazo alrededor de su cintura, pegándola contra él con un gesto que no tenía nada de accidental.

—Me encanta cuando te pones competitiva.

—No estoy compitiendo con él.

Matteo bajó la mirada a sus labios y sonrió con suficiencia.

—Cariño, tú ya ganaste.

Y entonces Maximiliano los vio.

Fue un instante. Un segundo de parpadeo. Pero Megan lo vio. Lo sintió.

El leve endurecimiento en su mandíbula tensa como palo de escoba. La forma en que sus dedos se crisparon apenas en la espalda de Penélope.

No era el hombre que había planeado verlo todo desde su trono.

Era el hombre que se acababa de dar cuenta de que estaba perdiendo.

Y Megan lo disfrutó. Lo disfruto como se disfrutan las bajas por gripe.

—Megan —dijo Maximiliano cuando finalmente se acercó, con la voz modulada, con la sonrisa perfectamente calibrada—. Me alegra verte aquí.

— ¿Sí? —Respondió Megan con una inclinación de cabeza—. Porque a mí me alegra que puedas fingir tan bien que esto no te molesta.

Maximiliano soltó una risa breve, pero sus ojos no estaban sonriendo.

—No todo gira en torno a ti, Megan.

—Por supuesto que no —intervino Matteo, con una tranquilidad insultante—. Pero qué conveniente que nos hayas invitado.

Maximiliano le dedicó una mirada lenta, calculadora.

—Quería que Megan viera lo que es una relación de verdad.

Megan sintió la ira treparle por la espalda, pero Matteo fue más rápido.

—Oh, no te preocupes por eso —respondió con una sonrisa afilada—. Llevamos días estudiando el tema en profundidad.

Megan sintió cómo su piel se encendía.

Maximiliano no se inmutó, su copa de vino estaba a punto de romperse en su mano.

Y entonces, Matteo decidió rematarlo.

Se inclinó hacia Megan, con la lentitud de un hombre que sabía perfectamente lo que estaba haciendo, y le susurró contra la boca:

—Hazlo.

Megan lo miró.

Matteo sonrió.

—Demuéstrale que perdió.

Megan sintió su corazón latir con fuerza. Matteo la estaba retando.

Y maldita sea si iba a perder.

Así que, con la seguridad de una mujer que ya no tenía miedo, giró el rostro y lo besó.

Lento. Profundo. Definitivo.

Y cuando abrió los ojos, supo que había ganado.

Maximiliano no tenía nada más que decir. ¡¡Kaput!!

CAPÍTULO 45 – Arde París

París ardió aquella noche (una vez más)

Después del beso en la boda, de la mirada de derrota en los ojos de Maximiliano, de la forma en que Matteo la había tomado de la mano y la había sacado de allí sin pedir permiso, Megan supo que no había vuelta atrás.

Ahora estaban en la habitación del hotel, con la ciudad brillando tras las ventanas y el aire cargado de una tensión sexual que ya no necesitaba excusas ni escondites.

Matteo la miraba desde el otro lado de la habitación, apoyado contra la puerta, con el traje aún en su cuerpo pero la corbata deshecha, el primer botón de la camisa abierto, los ojos oscuros, fijos en ella.

Megan sintió el corazón acelerado en el pecho.

Sabía lo que iba a pasar. Lo sabía desde el momento en que Matteo la besó en la boda sin importarle el público, sin importarle el mundo.

Pero aun así, esperó.

Esperó a que él diera el primer paso.

Matteo sonrió.

—Ven aquí.

Megan cruzó los brazos.

—No me des órdenes.

Matteo arqueó una ceja, como si ese desafío le divirtiera más de lo que debería.

— ¿No?

Megan no respondió. Su cuerpo ya lo estaba haciendo por ella.

Dio un paso. Luego otro. Y otro. Hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para sentir el calor de Matteo filtrándose a través de la tela de su vestido.

—Dímelo otra vez —susurró Matteo, con la voz grave, con las manos en los bolsillos, con la arrogancia de un hombre que sabía perfectamente que tenía el control.

Megan alzó la barbilla.

— ¿Decirte qué?

Matteo la miró con intensidad.

—Que no me des órdenes.

Megan sintió su respiración entrecortada. Porque Matteo la estaba retando.

Y ella no sabía si podía ganar esta vez.

Matteo se inclinó, deslizando la yema de sus dedos por la curva de su espalda, lento, tortuoso,

una advertencia y una promesa al mismo tiempo.

—Porque si me lo dices otra vez, cariño… —susurró contra su oído—…voy a hacer exactamente lo contrario. No me retes.

Megan sintió un escalofrío recorrerle la piel.

—Matteo…

Pero él no la dejó terminar.

Su boca atrapó la suya en un beso lento, sin urgencias, pero con una intensidad que le robó el aliento.

Cuando Matteo la levantó en brazos, la llevó hasta la cama y la tumbó bajo su cuerpo con la facilidad de quien ya no estaba dispuesto a compartirla con el mundo…

Megan supo que esa noche solo hablaría el amor que habían estado intentando negar durante demasiado tiempo. Entre risas, entre juegos y negaciones, se habían enamorado como dos imbéciles sin cura. Felices en su tontura, se amaron durante horas.

EPÍLOGO – La Vida, en Teoría

La vida, en teoría, debía ser más fácil una vez que se dejaban atrás los engaños, las estrategias y todo tipo de venganzas pueriles.

En teoría.

Pero Megan ya debería saber que con Matteo Moreau nada era teórico.

—No puedo creer que me hayas traído aquí —murmuró Megan, cruzada de brazos, mirando alrededor con incredulidad.

Estaban en el Palais Garnier, la legendaria ópera de París. Vacía. Silenciosa. Excepto por Matteo, que parecía estar disfrutando cada segundo de su indignación.

Él se encogió de hombros con una sonrisa perezosa.

—No sé de qué te quejas. La gente mataría por un recorrido privado.

Megan lo miró con ojos entrecerrados.

—No es un recorrido privado. Es un secuestro con estilo.

Matteo rio y tomó su mano, guiándola hasta el centro del escenario.

—Estaba pensando… —dijo, girándose para mirarla con intensidad—. Aquí es donde quiero que ocurra mi gran debut.

— ¿Quieres actuar en la ópera?

—No exactamente —respondió él, con una sonrisa misteriosa—. Pero quiero que mi gran acto ocurra aquí.

Megan frunció el ceño, pero antes de poder preguntar qué demonios significaba eso, las luces se atenuaron lentamente y una melodía comenzó a sonar en el teatro vacío.

—Matteo… ¿qué hiciste?

Él deslizó una mano por su espalda y la atrajo contra su pecho.

— ¿Recuerdas cuando dijiste que todo lo mío era una actuación?

—Lo dije en un contexto muy específico.

Matteo sonrió, inclinándose hasta que su boca rozó la suya.

—Bueno, tengo una última escena para ti.

Antes de que Megan pudiera procesarlo, él se arrodilló.

Matteo Moreau, el hombre que había sido un misterio, estaba mirándola desde el suelo de la ópera más famosa de París con una sonrisa espléndida y un anillo en la mano.

—No te preocupes, chérie —dijo, con esa voz baja que siempre le ponía la piel de gallina—. No soy un hombre tradicional. No necesito promesas de eternidad ni etiquetas aburridas.

Megan no sabía si reír, gritar o salir corriendo.

— ¿Entonces qué demonios estás haciendo?

Matteo inclinó la cabeza, sin apartar la mirada de la suya.

—Solo quiero que admitas que no puedes imaginarte tu vida sin mí.

Megan sintió su corazón golpearle el pecho.

Tenía razón.

Después de todo lo que habían vivido, después de todas las mentiras que se convirtieron en verdad, después de cada maldito beso, de cada pelea, de cada momento en el que Matteo le había demostrado que era imposible no amarlo…

No podía imaginarse su vida sin él.

Y eso le aterraba.

—Esto no es una propuesta de matrimonio —murmuró Megan, tratando de sonar racional.

Matteo sonrió.

—No. Esto es un hecho.

Megan respiró hondo.

Y luego, con el teatro entero como testigo, lo besó.

El mundo los estaba mirando, con ganas de aplaudirlos.

FIN.

INDICE

CAPÍTULO 1 – Maldito Anuncio
CAPÍTULO 2 – Ni tan perfecto
CAPÍTULO 3 – Un idiota con Estrategia
CAPÍTULO 4 – No Controles
CAPÍTULO 5 – Un Contrato, es un contrato
CAPÍTULO 6 – Estableciendo Reglas
CAPÍTULO 7 – Un Juego Peligroso
CAPÍTULO 8 – Prohibido Hacerse Ilusiones
CAPÍTULO 9 – Desayuno Con Problemas
CAPÍTULO 10 – Solo Tú Puedes Verme
CAPÍTULO 11 – El Juego más Personal
CAPÍTULO 12 – Cruzando límites
CAPÍTULO 13 – De Verdades y Mentiras
CAPÍTULO 14 – Rompiendo Reglas
CAPÍTULO 15 – Ensayo de una Mentira
CAPÍTULO 16 – Hay Secretos que Lo Cambian Todo
CAPÍTULO 17 – Demasiado Real
CAPÍTULO 18 – Algo Ha Cambiado
CAPÍTULO 19 – Como si Fueras Mía
CAPÍTULO 20 – Reencuentro del Pasado
CAPÍTULO 21 – Luces, Cámara… Acción
CAPÍTULO 22 – Lo que Menos Esperas
CAPÍTULO 23 – Perdiendo el Control
CAPÍTULO 24 – Naturalidad…
CAPÍTULO 25 – Algo Te Hace Temblar
CAPÍTULO 26 – Te vas A Quemar
CAPÍTULO 27 – No Retorno
CAPÍTULO 28 – Peligrosamente Divertido
CAPÍTULO 29 – Pasado… es pasado
CAPÍTULO 30 – Intensidad…
CAPÍTULO 31 – No Puede ser Ignorado
CAPÍTULO 32 – Sin Vuelta Atrás
CAPÍTULO 33 – Buenos Días…
CAPÍTULO 34 – Negando que es Gerundio
CAPÍTULO 35 – Un Desnudo y Un Café
CAPÍTULO 36 – Una Verdad Inconfesable
CAPÍTULO 37 – No me Puedes Negar
CAPÍTULO 38 – Eres Diferente
CAPÍTULO 39 – Puede ser que…
CAPÍTULO 40 – Sin Escape
CAPÍTULO 41 – Sin Escape

CAPÍTULO 42 – El Pasado que no pasa
CAPÍTULO 43 – Inevitable
CAPÍTULO 44 – Seguimos en el Juego
CAPÍTULO 45 – Arde París
EPÍLOGO – La Vida, en Teoría